



Universiteit
Leiden
The Netherlands

Una isla, dos mundos : estudio arqueológico sobre el paisaje indígena de Haytí y su transformación al paisaje colonial de La Española (1200-1550)
Herrera Malatesta, E.N.

Citation

Herrera Malatesta, E. N. (2018, March 15). *Una isla, dos mundos : estudio arqueológico sobre el paisaje indígena de Haytí y su transformación al paisaje colonial de La Española (1200-1550)*. Sidestone Press, Leiden. Retrieved from <https://hdl.handle.net/1887/61204>

Version: Not Applicable (or Unknown)

License: [Licence agreement concerning inclusion of doctoral thesis in the Institutional Repository of the University of Leiden](#)

Downloaded from: <https://hdl.handle.net/1887/61204>

Note: To cite this publication please use the final published version (if applicable).

Cover Page



Universiteit Leiden



The handle <http://hdl.handle.net/1887/61204> holds various files of this Leiden University dissertation

Author: Herrera Malatesta, Eduardo

Title: Una isla, dos mundos : estudio arqueológico sobre el paisaje indígena de Haytí y su transformación al paisaje colonial de La Española (1200-1550)

Date: 2018-03-15

CONTEXTO HISTÓRICO

REVISIÓN DE EVIDENCIAS AMBIENTALES, DOCUMENTALES Y ARQUEOLÓGICAS

4.1. INTRODUCCIÓN

El objetivo de este capítulo es considerar las evidencias ambientales, históricas y arqueológicas dentro de la perspectiva del uso humano del espacio y la arqueología del paisaje. El objetivo general de la investigación radica en entender la transformación del paisaje indígena en el Norte de la isla a través de la construcción de los mundos indígenas y españoles. Para esto, en primer lugar se explorará cómo las crónicas y cartografía tempranas sentaron las bases de las interpretaciones sobre los grupos indígenas para la región. Estas bases estuvieron sesgadas por la noción de territorio y naturaleza que tuvieron los europeos del siglo XVI, y que fue aplicada a la realidad del mundo indígena. Por otro lado, en cuanto a las evidencias ambientales y arqueológicas, la consideración espacial es más directa. Esto se debe a que la dimensión ambiental en este capítulo será presentada de manera descriptiva, y la dimensión arqueológica de manera historiográfica para contextualizar los problemas de esta investigación dentro de un marco investigativo amplio. Es importante destacar que los contextos de las evidencias ambientales, documentales y arqueológicas abarcan escalas espaciales desde las áreas hasta la macro-región (ver definiciones en cap. metodológico). El contexto ambiental se basa principalmente en el área de investigación primaria de la disertación, es decir la costa de la Provincia de Montecristi. Esto se debe a que, de estas evidencias se tomaron las variables utilizadas para los análisis estadísticos de la disertación. Por otro lado, no existen variables ambientales radicalmente diferentes entre el área de estudio y las otras dos áreas arqueológicas para la comparación que merezcan la pena ser explicadas individualmente. En cuanto a los datos documentales, los distintos apartados están relacionados con los contextos de la macro-región y de la Región Histórica de estudio. En el caso del contexto arqueológico se enfoca exclusivamente en la región arqueológica de interés.

El énfasis del estudio estuvo en la evaluación de las evidencias culturales generales, y no se centró en variables individuales. En este sentido, los datos a analizar y considerar en esta disertación provienen de las evidencias registradas en los trabajos de campo, en relación con los datos correspondientes al periodo indígena; y de las crónicas y cartografía temprana, al referirse a los patrones de distribución de asentamientos españoles. La evidencia analizada y revisada para esta investigación es un ejemplo de la diversidad

y heterogeneidad tanto del registro arqueológico como del documental. Para evitar la continuación de la idea colonialista de homogeneizar a los grupos indígenas del pasado, a lo largo del trabajo se aplicaron una serie de métodos y teorías enfocados en el estudio de patrones espaciales y de conflictos culturales.

El capítulo está dividido en cuatro secciones. En primer lugar, se presenta el contexto medioambiental, iniciando desde las descripciones realizadas por los primeros cronistas que visitaron el área hasta las descripciones modernas realizadas por el estado Dominicano. En segundo lugar, se tratará el contexto de evidencias documentales el cual estará enfocado en describir las distribuciones espaciales y los posibles motivos para la fundación de asentamientos por parte de los primeros españoles en el Norte de la isla. Estos datos servirán de contexto para las comparaciones finales de la disertación, donde se buscará reconstruir el mundo indígena y el español a través de la expresión espacial de sus prácticas e intencionalidades. Por último, se presentará la historia de la arqueología de la región, así como una discusión de los aspectos más relevantes de la misma.

4.2. CONTEXTO AMBIENTAL: LA PROVINCIA DE MONTECRISTI

La provincia de Montecristi se encuentra al Noroeste de la República Dominicana. Limita al Norte con el océano Atlántico, al Este con las provincias de Valverde y Puerto Plata, al Sur con las provincias de Santiago Rodríguez y Dajabón, y al Oeste con el Océano Atlántico y la República de Haití. La topografía de la provincia es diversa ya que al Norte se encuentra la Cordillera de Montecristi, la cual representa el extremo Oeste de la Cordillera Septentrional, cadena montañosa que se extiende desde el Norte de la Provincia de Montecristi a lo largo del Norte de la isla hasta la provincia María Trinidad Sanchez al Este. En punto más alto en la Cordillera Septentrional es el Pico Diego de Ocampo a 1229 m.s.n.m., y en su sección de Montecristi la altura máxima es de 770 m.s.n.m. El sector Sur y Oeste de la provincia tiene elevaciones menores a 40 m.s.n.m., siendo en su mayoría un área llana. De hecho, los valles del río Yaque, el río principal que atraviesa a la provincia, han sido caracterizados por el Ministerio de Ambiente y los Recursos Naturales del país como zona de riesgo de inundación (Ministerio de Medio Ambiente y Recursos Naturales [MMARN] 2012).

La vegetación de la provincia está definida como bosque seco subtropical, y tiene precipitaciones inferiores a los 800 mm por año. A pesar de que la agricultura intensiva se realiza a lo largo del río Yaque, en la zona Norte de la provincia la falta de agua constituye un gran problema para la agricultura y la subsistencia ya que las quebradas sólo portan agua en la temporada de lluvias. Estas condiciones, unidas al índice de humedad y la evapotranspiración potencial conjugan en esta provincia un alto índice de condiciones semiáridas y áridas (MMARN 2012).

Sin embargo, es posible que las condiciones medio-ambientales fueran diferentes a la llegada de los españoles a la isla. Sin lugar a dudas, la introducción de la agricultura intensiva, y particularmente de los monocultivos como el arroz, banana y tabaco, así como las actividades de pastoreo después de la llegada de los europeos podrían haber tenido un efecto importante en el desarrollo del medio ambiente en Montecristi.

En su primera visita a la desembocadura del río Yaque, Colón describe que la arena de las playas del río estaba llenas de oro (Arranz 2006: 216), y además indica que al

navegar río arriba se encuentra la zona del Cibao donde los indígenas contactados habían reportado existencia de minas de oro. Sin embargo, Las Casas (1875[1552-1561], Tomo I: 428) señaló, que posiblemente lo que Colón pensó como oro, era realmente *margasita* (sic), algún tipo de piedra similar al oro. La descripción de Las Casas se enfoca más en la fertilidad de los valles del río Yaque, particularmente aquellos de tierra adentro, llamados por los españoles la Vega Real. Las Casas (1875[1552-1561], Tomo II: 29) comenta que "... la gran vega, cosa que creo yo, y que creo no engañarme, ser una cosa de las más admirables cosas del mundo...". La primera descripción específica de la costa de Montecristi al realiza Álvarez Chanca (1992 [1493]), quien comenta que aunque Colón quiso explorar los alrededores del río Yaque y la zona cercana al morro de Montecristi para seleccionar un asiento para la fundación de una villa. Sin embargo, a pesar de que "avía cerca de allí un gran río de muy buen agua, pero es toda tierra anegada e muy indispueta para abitar (sic)." (Álvarez Chanca 1992 [1493]: 34). De estas tres primeras referencias se tiene una imagen general de lo que es el ambiente en la costa de la actual provincia de Montecristi, y del río Yaque. En la actualidad, este sector de la costa, particularmente donde desagua el río Yaque tiene una alta presencia de manglares y zonas inundables, mientras que en el interior en los valles cercanos al río Yaque, la vegetación es más verde y la temperatura más suave. Una característica importante del medio ambiente de Montecristi es el ecosistema marino costero a lo largo de la costa, compuesto por manglares, estuarios, humedales costeros y arrecifes de coral. Este contexto proporciona una combinación excepcional para la biodiversidad marina y terrestre, así como para el desarrollo de poblaciones tanto en el pasado como en el presente, ya que contiene una gran variedad de mamíferos, aves y especies del mar.

En esta investigación se utilizó una pluralidad de variables ambientales, tales como: elevación, pendiente, aspecto, línea litoral, ríos y quebradas, áreas de salinas, mamíferos endémicos, geomorfología, vegetación, uso del suelo, capacidad de suelos, asociación de suelos, riesgo de inundación y potencial eólico. Estas variables fueron seleccionadas por su potencial para los análisis, en cuanto a la relación con la distribución de sitios arqueológicos y cultura material. Su descripción y uso dentro del trabajo será explicado en el próximo capítulo.

4.3. ANTECEDENTES DEL PERIODO COLONIAL: MACRO-REGIÓN Y REGIÓN HISTÓRICA

En este apartado se presentarán las evidencias documentales que permiten delinear el contexto del periodo colonial temprano amplio de la macro-región de estudio, de manera de contextualizar la llegada de los europeos a la isla y sus primeras impresiones. Esto se dará a través de 1) un recuento de los dos primeros viajes de Colón a la isla; 2) una revisión de los grupos étnicos identificados por Colón, bajo una perspectiva crítica sobre estas "identificaciones" y sus implícitos. En este punto se hace particular hincapié en la idea de territorio "indígena" que Surgió desde los inicios de la conquista sobre la base de estas "identificaciones" culturales. 3) Una consideración de cómo la cartografía colonial temprana representó los patrones espaciales indígenas y españoles. 4) Finalmente, se presenta lo relacionado a la fundación de villas y fuertes a lo largo de la "Ruta de Colón" como evidencia principal para las comparaciones espaciales a nivel regional entre el paisaje indígena y el español en la macro-región.

4.3.1. La llegada de Cristóbal Colón

El 6 de diciembre de 1492 Colón llegó a una isla llamada por los grupos indígenas, con quienes tuvo el primer contacto, *Haytí*; y bautizada por él como *La Española*. El día 24 de Diciembre Colón escribe en su diario:

“... porque yo he hablado en superlativo grado (de) la gente y la tierra de la Juana, a que ellos llaman Cuba; mas hay tanta diferencia de ellos y de ella a esta en todo como el día a la noche...” (...) *“... y los pueblos grandes de esta isla Española, que así la llamé, y ellos le llaman Bobío, y todos de muy singularísimo trato amoroso y habla dulce, no como los otros, que parece cuando hablan que amenazan, y de buena estatura hombres y mujeres, y no negros.”* (Arranz 2006: 193)

Las primeras impresiones de Colón sobre los habitantes de la isla fueron tremendamente románticas, casi hasta el punto de la idealización, pues para él tenían la mejor forma y predisposición para ser tratados como sujetos de la Corona española (Todorov 2003: 57). El primer contacto con grupos indígenas fue con el grupo liderado por el cacique Guacanagarí (Arranz 2006: 188, Oviedo y Valdés 1851 [1535]: 65; Las Casas 1821 [1552]: 26, 1875 [1552 – 1561] Vol. IV: 481). Tanto de las crónicas como de las investigaciones posteriores, se cree que este cacicazgo era un grupo lingüístico y cultural Taíno (Granberry & Vescelius 2004). Tras el naufragio de la Santa María, Colón construyó un fuerte con sus materiales y lo llamó La Navidad. En este fuerte dejó a 39 hombres, y continuó navegando por la costa Norte de La Española (Arranz 2006: 195). El 1 de enero de 1493, Colón recibió la noticia de que los marineros que envió de antemano, habían hecho contacto con otro “rey” que tenía en la cabeza una corona de oro a unas 20 leguas de su posición en La Navidad (Arranz 2006: 206). Al realizar la conversión de la medida de leguas en el siglo XV a los kilómetros contemporáneos, la localización de este suceso pudo haber estado cercana a la zona donde más adelante Colón fundaría la villa de La Isabela. Sin embargo, el 4 de enero mencionó que:

“Navegó así al Leste camino de un monte muy alto, que quiere parecer isla pero no lo es, porque tiene participación con tierra muy baja, el cual tiene forma de un alfaneque muy hermoso, al cual puso nombre Monte-Cristi, el cual está justamente al Este del Cabo Santo, y habrá diez y ocho leguas.” (Arranz 2006: 210)

En esta referencia además de mencionar por primera vez el morro de Montecristi, evidencia que el evento con el “rey” de corona de oro estaba posiblemente en la región de Montecristi, ya que sólo hay dos leguas de diferencia entre las dos descripciones. Además, esta es una de las pocas referencias directas de contacto con poblaciones indígenas en Montecristi. Cuando finalmente llegan al Morro de Montecristi, exploran una pequeña isla frente al mismo donde mencionó que encontraron un incendio y vestigios de que gente había estado pescando allí. Otra referencia importante hecha por Colón en este primer viaje sobre el área de Montecristi es la referencia al río Yaque. Según la nota del 8 de enero de 1493, además de tomar agua de este río para abastecer a las carabelas, menciona la existencia de oro en las costas arenosas del río. Por otra parte, en su Diario, a pesar de estar todavía en una etapa temprana del reconocimiento del terreno, mencionó que navegando río arriba se podía llegar a la zona del Cibao, donde

Colón pensaba se encontraba Cipango y sus minas de oro (Arranz 2006: 216). Cabe destacar que además de las referencias sobre Montecristi y sus alrededores realizadas por Colón, y reafirmadas posteriormente en las crónicas de Fray Bartolomé de Las Casas (1875 [1552-1561] Vol. I: 420); del reporte de Alvarez Chanca se puede agregar que los alrededores del río Yaque estaban compuestos por un área pantanosa e inadecuada para el asentamiento (Alvarez Chanca 1992 [1493]: 34). Además, aunque Colón ya sabía que al navegar aguas arriba por el río Yaque los llevaría a la zona del Cibao, decidió instalar la primera ciudad en un área más cercana a las vetas de oro y por lo tanto elegir la zona de Monte Plata¹⁷ (Las Casas 1875 [1552 – 1561], Vol. II: 20).

Además de estas primeras impresiones y registros en realidad hay poca información sobre los grupos indígenas que Colón encontró alrededor de Montecristi. Oviedo escribió que Guacanagari era el señor o cacique de la gente que habitaba en las zonas alejadas al morro de Montecristi (Oviedo 1851 [1535]: 35, véase también Loven 2010: 75-77). Por otro lado, Las Casas (Las Casas 1875 [1552 – 1561] vol. IV: 249) incluye la Sierra de Montecristi dentro del área cultural de Macorís de Abajo. A primera vista esta división no tendría mayores problemas si se asumiera que Guacanagari fue un cacique Macorís. Sin embargo, y como se tratará más adelante, tanto historiadores como arqueólogos han asumido que la identidad étnica de los caciques no reportados en las crónicas directamente como Macorís o Ciguayo, fueron Taínos. Por lo que este tipo de divisiones realizadas por las crónicas pueden ser sensibles a malas interpretaciones.

En el próximo apartado se tratará el tema de los grupos étnicos reportados/creados para el norte de la isla, es decir: Macorís, Ciguayo y Taíno.

4.3.2. Patrones Espaciales Indígenas y “Étnicos” del Norte de Haytí

La creación de etnicidades en el norte de la isla ha sido un proceso que inició con los primeros observadores europeos, y se afianzó a lo largo del tiempo. Particularmente, la idea de los distintos grupos étnicos existentes antes de la llegada de Colón se afianzó durante el siglo XVIII y XIX tanto para la creación de etnicidades como territorios culturales. Dentro de este contexto, como se ha argumentado que “la desigualdad social que rige hoy en la mayoría de los países latinoamericanos comenzó a tener lugar y ser legitimada con la construcción de un pasado oficial.” (Pagán-Jimenez 2004: 203). Parte de este pasado oficial se estableció con la homogeneización y/o reinterpretación de la diversidad de las poblaciones indígenas antes y después de la llegada de Colón.

Considerando que la creación de un contexto geográfico y cultural para los grupos indígenas es relativa ya que las crónicas que los mencionan varían y se contradicen, con este apartado (4.3.2) y el siguiente (4.3.3) lo que se busca es extraer de los conocimientos existentes sobre los posibles grupos étnicos que habitaron la isla al momento de contacto las características espaciales de su distribución. Por otro lado, es esencial tener presente que el contexto de aparición/desaparición y las fragmentadas referencias sobre estos grupos es tardía ya que además de Colón y Pané, Las Casas llegó a La Española

17 Este uso del término Monte Plata no debe ser confundido con la ciudad Monte Plata fundada durante las Devastaciones de Osorio en 1605-1606. La cual fue el resultado de la combinación de las ciudades, y sus poblaciones, de Montecristi y Puerto Plata. Aunque la actual ciudad y la provincia se llama Puerto Plata, Colón lo llamó originalmente Monte Plata.

en 1502 y Oviedo en 1514, cuando la población indígena estaba considerablemente decreciendo (cf. Cook and Borah 1971; Cassá 1974; Rosenblat 1976; Cook 1993).

Para la macro-región de estudio, el centro-norte de la isla, sobre la base de las informaciones de las crónicas e historiadores del siglo XVIII y XIX, los investigadores desde el siglo XX han asumido/reconstruido la existencia de tres grupos étnicos: Taíno, Macorís y Ciguayo. Sin embargo, la existencia ‘real’ de estos grupos culturales como unidades étnicas y lingüísticas, así como de sus configuraciones y estructuras culturales, sociales y políticas se ha debatido ampliamente en la arqueología de las Antillas Mayores y del Caribe (cf. Rouse 1948; Veloz Maggiolo 1972, 1993; Vega 1990 [1980]; Petitjean Roget 1997, 2015; García Arévalo 2002; Curet 2003, 2014; Keegan 1997, 2007; Wilson 2007; Moscoso 2008; Oliver 2008, 2009; Rodríguez Ramos 2010; Ulloa Hung 2014; Keegan y Hofman 2017). En este apartado la discusión se enfocará principalmente en destacar las bases del conocimiento sobre estos “grupos étnicos” y su distribución espacial en las regiones arqueológicas e históricas consideradas en este trabajo.

La primera referencia al termino *Taíno* apareció en el segundo viaje de Colón, donde al llegar a las playas de una isla fue recibido por gente que gritaba “taíno, taíno”, cuyo significado ha sido identificado como “bueno” o “noble” (Oliver 2009: 6; Curet 2014: 470; Keegan y Hofman 2017: 13). Fue a partir del siglo XIX cuando se comenzó a utilizar el término *Taíno* como relativo a un grupo étnico particular, y a su lengua. La primera referencia para identificar a un grupo étnico que habitó principalmente las Antillas mayores se ha atribuido a Rafinesque en 1836 (Oliver 2009: 6; Keegan y Hofman 2017: 12), aunque también el termino es usado pocos años después por Martinus en 1867 (Curet 2014: 471). En 1871 Brinton utiliza el término Taíno para reseñar la clasificación lingüística de la lengua Arawak que se hablaba en estas islas (Oliver 2009; Keegan y Hofman 2017). La popularización del término Taíno fue una consecuencia de las reconstrucciones históricas que se dieron a lo largo del siglo XIX, que reanudaron las generalizaciones y homogeneizaciones de las diversidades étnicas y lingüísticas de los grupos indígenas del Caribe¹⁸. Por ejemplo, Fray Ramón Pané en su reporte sobre su convivencia con grupos indígenas del Norte de la isla, menciona que primero fue enviado por Colón a habitar en la provincia de Macorís, y luego fue enviado con el cacique Guarionex, debido a que este cacique y su gente hablaba una lengua que era entendida en toda la isla (Arrom 2001: 43). Sin embargo, como se verá más adelante, Pané no hace referencia a que *Macorís* fuese una categoría de etnicidad, o a que Guarionex fuese un cacique de la etnia Taína. La idea de que Guarionex fue un cacique Taíno surgió de las reconstrucciones del pasado indígena luego del siglo XIX y durante el siglo XX.

El desarrollo de las investigaciones arqueológicas en Haití y la República Dominicana colaboró, lamentablemente, en afianzar estas interpretaciones sobre los grupos indígenas del pasado. Principalmente, el intento de Rouse por relacionar grupos arqueológicos -definidos principalmente por los estilos cerámicos- con grupos étnicos -definidos a través de la evidencia documental-, consolidó la idea que *Taíno* se refería a un grupo étnico precolombino (ver más adelante el debate sobre su uso del mapa de Charlevoix). Sobre la base de investigaciones arqueológicas y la comparación entre

18 Por ejemplo, ver el argumento de Curet (2014) sobre que la palabra Taíno puede ser entendida como un *término*, un *concepto* y un *fenómeno*.

sitios en diversos puntos de la isla, Rouse (1964, *cf.* 1986, 1992) vinculó el desarrollo de la cerámica Ostionide y sus sub-series (Ostionan, Meillacan y Chican) con el grupo “étnico” Taíno y el desarrollo de los sistemas jerárquicos¹⁹ en las Antillas Mayores. De hecho, Rouse (1992: 33-34) definió tres áreas culturales para los grupos Taínos y sus cerámicas, 1) Los *Taínos Occidentales* que incluye parte de Cuba, Jamaica y las Bahamas vinculados con la serie Meillacoide (Meillacan Ostionide de Rouse); 2) los *Taínos Clásicos* ubicados en la isla de Haytí/La Española y Puerto Rico, vinculados con la serie Chicoide (Chican Ostionide de Rouse); y 3) los *Taínos Orientales* dispersos en las Islas Vírgenes portadores de la serie Ostionide (Elenan Ostionide de Rouse). Para Rouse, el grupo “étnico” Taíno representado arqueológicamente por estas series cerámicas fue el resultado de las migraciones e interacciones de diversos grupos indígenas con un ancestro común, en términos lingüísticos e históricos, los grupos Arawak; y arqueológicamente, con los grupos Saladoides (especialmente la sub-serie Cedrosan Saladoide), que migraron desde las Guayanas y las costas venezolanas alrededor de 2300 a.C. (Rouse 1986, 1992). Como se verá más adelante, el modelo de Rouse afianzó las ideas sobre el establecimiento del modelo de los cinco cacicazgos Taíno en la isla, el cual estuvo basado en el mapa creado por Charlevoix en el siglo XVIII, lo que desde una perspectiva contemporánea oscureció dinámicas socio-culturales a escala local y regional. Tanto los reportes de las crónicas como el modelo arqueológico normativo de Rouse, establecieron *Taíno* como un término con un peso histórico considerable, lo que llevo en años recientes a una crítica igualmente importante.

Esta crítica se puede compilar principalmente en los aportes recientes de Rodríguez Ramos (2007, 2010), Oliver (2009) y Curet (2014)²⁰. Como ya se mencionó, contrario al conocimiento popular, los primeros cronistas nunca utilizaron el término *Taíno* para referirse a un grupo étnico. La referencia a este vocablo indígena se refirió, como ya se mencionó, a ciertos individuos (pertenecientes a un grupo) como “buenos” o “nobles”. A pesar de que durante el siglo XVI y XVII era común entre los exploradores europeos realizar el contraste entre los grupos “pacíficos” de las Antillas Mayores, y los Caribes “salvajes” y “agresivos” de las Antillas Menores (Curet 2014: 469); esta fue una comparación genérica para los distintos grupos indígenas de las islas del Caribe. Es decir, independientemente de la etnicidad o lengua, los grupos de las Antillas Mayores eran los pacíficos y los de las Menores los agresivos, los nomencladores étnicos (*Taíno* vs. Caribe) sobre este contraste provienen de siglos posteriores.

Con la intención de sobrepasar el modelo de Rouse sobre la homogeneidad cultural Taína y el esquema lineal de sus orígenes, Rodríguez Ramos (2007, 2010) propuso que si bien se puede seguir considerando la existencia de un grupo/lengua indígena Taíno, su homogeneidad es altamente cuestionable y más bien se debería referir a una categoría de amplio espectro. En esta búsqueda, Rodríguez Ramos (2007, 2010) propuso el término “Tainidad” (término original en inglés: *Tainoness*). Rodríguez Ramos (2010: 11) comenta que este término se refiere y explica un acuerdo cultural entre di-

19 Aunque posteriormente, Vega (1990 [1980]) y Veloz Maggiolo *et al.* (1981) propusieron que la serie cerámica Meillacoide (llamada por Rouse Meillacan Ostionide) fue manufacturada por comunidades relacionadas étnicamente con el, posible, grupo Macorís.

20 Aunque para una revisión completa del debate es necesario considerar también los aportes de Veloz Maggiolo (1984), Wilson (1993), McGinnis (1997), Curet (2003), Keegan (2004), Oliver (2005b, 2008), Petersen *et al.* (2004) y Torres Etayo (2006).

versos grupos humanos con diversos contextos de origen y etnicidades que compartieron rasgos culturales y lingüísticos en el área geográfica de la actual isla de Puerto Rico y otras Antillas del Caribe. En esta línea, Oliver explicó que “el Taíno es mejor abordado como un espectro o mosaico de grupos sociales con diversas expresiones de *Táinoness* (Rodríguez Ramos 2007), no todos ellos [étnicamente] Taínos, en el sentido convencional o estándar proporcionado por Irving Rouse (1965, 1992) y otros.” (Oliver 2009: 4, traducción del autor). Tanto Oliver (2005: 281) como Rodríguez Ramos (2010: 201) consideran que la categoría cultural *Taíno* fue un resultado de las investigaciones antropológicas originarias que generalmente lo utilizaron como un sinónimo de Arawak. Curet (2014) añadió a este debate que, aunque el término “Tainidad” es una alternativa analítica útil para el entendimiento de las culturas del pasado, hay que tener en cuenta que para realmente significar una herramienta analítica sólida que no oscurezca la diversidad y dinamismo del pasado, éste no debe ser un término estático, sino una categoría históricamente dinámica (Curet 2014: 487).

El 29 de diciembre de 1492, Colón mencionó en su *Diario de A Bordo* el termino *Macorix*²¹ (Arranz 2006: 204), aunque se refirió a una “isla” al Este de la fortaleza de La Navidad, y al parecer no entendió que los indígenas pudieron estar describiendo una zona geográfica o un grupo humano. En 1494 Colón regresa a La Española, y halla la fortaleza de La Navidad destruida y sus hombres asesinados, y decide navegar al Este y fundar la villa de La Isabela, desde la cual se comenzó la conquista de la isla. Luego de establecer el asiento de La Isabela, Colón se movilizó hacia la tierra adentro en busca de las minas de oro reportadas por los indígenas contactados en su primer viaje, por una ruta conocida actualmente como la Ruta de Colón. La fundación de La Isabela en 1493, así como la de una serie de fuertes construidos durante y después de 1494 a lo largo de la ruta, significaron las primeras disrupciones de prácticas tradicionales y del paisaje indígena.

En 1495 Colón marchaba por el Norte de la Española disipando diferentes levantamientos indígenas que sucedieron como resultado del sistema autoritario que los españoles estaban implementando en la isla. En la actual Cordillera Septentrional, Colón derrotó al cacique Guatiguaná en el lugar llamado Puerto de los Hidalgos y más tarde salvó el fuerte La Magdalena de los grupos indígenas que lo atacaron (Arrom 2001: xiv). Después de ocuparse de estas situaciones y antes de continuar construyendo otra fortaleza en el lugar llamado La Concepción, dejó a Fray Ramón Pané en la Magdalena para vivir con el cacique Guanaoboconel, con el fin de aprender sus tradiciones y costumbres (Arrom 2001: 41). La zona donde se encontraba el fuerte La Magdalena era llamada por los lugareños Macorís y, según la descripción de Pané, tenía un lenguaje diferente al resto de las zonas conocidas por los españoles. Según las descripciones de Las Casas (1875 [1552-1561]), esta área se refería a la costa Norte

21 En su trabajo Ulloa Hung (2014) menciona que “El investigador José Oliver plantea que el término Macorige hace referencia a gente que no habla “nuestro” idioma (taíno), y que se trata de un vocablo arauaco muy difundido (el makú de Río Negro-Amazonas y Orinoco, e incluso en áreas de la Guayana venezolana). Todos esos “makú” son gente de variadas etnicidades que los arauaco-parlantes los designa genéricamente como “maco[r]ix – rijj]. Incluso Oliver maneja la hipótesis que los llamados Cigüayos (por su corte de pelo) eran a veces también llamados “macoriges” por también hablar una lengua extranjera, y para hacer otro tipo de distinción (José Oliver comunicación personal).” (Ulloa Hung 2014: 83, nota 54).

de la isla desde el Oeste en la actual Haití hasta el Noreste de la actual República Dominicana. Colón decidió retirar a Pané de este fuerte y lo envió a una zona cercana a la villa de La Concepción donde habitaba el cacique Guarionex, cuya lengua era hablada ampliamente en La Española (Arrom 2001: 43). Según el relato de Pané:

“... la provincial de Magdalena [o] Macorís tenía lengua distinta de la otra, y que no se entendía su habla por todo el país. Pero que yo me fuese a vivir con otro cacique principal, llamado Guarionex, señor de mucha gente, pues la lengua de éste se entendía por toda la tierra.”

Aunque en el informe escrito por Pané se destacan diversos rasgos culturales indígenas, dado que el tiempo habitado con Guarionex fue mayor que en la provincia de Macorís, es posible que estas características provengan de las comunidades, asumidas después del siglo XIX como Taínas. Sin embargo, es notable que la única diferencia cultural que él consideró digna de mencionar entre las comunidades de La Magdalena (provincia de Macorís) y las de Guarionex, fue la lingüística. ¿Pudo deberse esto a que no existían diferencias culturales notables entre las distintas comunidades más allá de la lengua? O ¿será este un problema de malentendido cultural? Justamente son los malentendidos culturales una de las principales dificultades para las reconstrucciones históricas de los grupos indígenas de la isla de *Haytí* (Petitjean Roget 1997, 2015; Todorov 2003; Keegan 2007; Ulloa Hung 2014). Aquí se presenta un problema esencial para la reconstrucción del pasado de estas comunidades indígenas, ya que Pané reporta haber habitado “en la provincia de la Magdalena, cuya provincia se llamaba ya Macorís, y el señor de ella se llama Guanaoboconel, que quiere decir hijo de Guanaobocon.” (Arrom 2001: 41). Y luego al Colón darle la noticia de su mudanza a una nueva comunidad escribe en pregunta a Colón “Señor, ¿cómo quiere Vuestra Señoría que yo vaya a vivir con Guarionex, no sabiendo más lengua que la de Macorís?” (Arrom 2001: 43). De estas referencias, se puede interpretar que la referencia de Pané a Macorís es a un territorio geográfico, tal vez geopolítico, pero no necesariamente étnico. Lo mismo se observa en Las Casas quien identifica el nombre con una región (Las Casas 1875 [1552-1561], Vol. I: 410) donde se encontró poco oro, y más adelante en su texto mencionó que:

“Es aquí saber, que un gran pedazo de esta costa, bien más de 25 o 30 leguas, y 15 buenas y aún 20 de ancho hasta las sierras que hacen, desta parte Norte, la gran vega inclusive, era poblada de una gente que se llaman mazoriges, y otras cyguayos, y tenían diversas lenguas de la universal de toda la isla.” (Las Casas 1875[1552-1561], Vol. I: 434)

Aquí Las Casas se refiere a la costa Norte de la isla y a la actual Cordillera Septentrional. Así mismo, cuando menciona “la gran vega” se está refiriendo a las llanuras del río Yaque, aunque probablemente a aquellas desde La Magdalena hasta Montecristi, pues estaba claro ya que Guarionex habitaba y controlaba la Vega Real, por lo que esta zona pudo haber sido compartida por varias comunidades hablantes de lenguas distintas, y posteriormente asumidas por los investigadores del siglo XX como relacionadas con la etnia Macorís y la Taína. Sobre este punto en su *Historia de Indias* Las Casas no establece ninguna diferencia precisa sobre las ubicaciones de este grupo,

sólo mencionando el área general de sus asentamientos. En el segundo volumen de la *Historia de Indias*, Las Casas divide las áreas de asentamiento Macorís en dos, llamadas *Macorís de Abajo* y *Macorís de Arriba*. Según su descripción:

“En Estos tiempos el Almirante ya había mandado hacer dos fortalezas, una que llamó la Magdalena, como dijimos en el cap. 100, en la provincia de Macorix, que llamábamos el Macorix de abajo, dentro de la Vega Real, que creo que fue asentada en un lugar y tierra de un señor que se llamaba Guanaoconel...” (...)
“Nombrábamos el Macorix de abajo, á diferencia de otro Macorix de arriba, que era la gente que estaba poblada la cordillera de las sierras que cercaban la Vega [Real] por la parte Norte, y que vertían las aguas en la misma provincia del Macorix de abajo...” (Las Casas 1875[1552-1561], Vol. II: 120)

En primer lugar, hay que destacar que la división que hace Las Casas estuvo, posiblemente, basada en la elevación; de su registro se puede considerar que el “abajo” y “arriba” estuvieron relacionados con la diferencia en altitud entre el valle y la montaña. Aunque Loven (2010: 74) planteó que la diferencia entre “abajo” y “arriba” era cultural y no natural, este autor no presenta evidencias sólidas que apoyen su opinión. Por otro lado, Las Casas describe dos de las áreas antes mencionadas donde se registró la presencia de comunidades identificadas como Macorís y/o Ciguayo, aunque aquí sólo menciona al grupo Macorís. De esto se puede interpretar que el área correspondiente a la Vega Real, hoy en día las llanuras del río Yaque, llamada Macorís de Abajo, pudo ser la zona de vivienda de comunidades identificadas con la lengua Macorís, y que el área correspondiente a la cadena montañosa, la actual Cordillera Norte, Macorís de Arriba también fue un territorio de estos grupos, dejando por defecto la zona costera Norte y Noreste como la posible ubicación para los Ciguayos. Sin embargo, en su último volumen de la *Historia de las Indias* Las Casas mencionó que:

“Hacen esta Vega o cercanla, desde que comienza hasta que se acaba, dos cordilleras de altísimas y fertilísimas y graciosísimas sierras, de que ya hemos hecho mención, que la toman en medio, lo más alto dellas y todas ellas fértil, fresco, gracioso, lleno de toda alegría; la una destas sierras, de la parte Sur, es la que habitaban los Ciguayos, y otra parte della la gente de los Macoriges del Macorix de arriba...”
(Las Casas 1875[1552-1561], Vol. IV: 291)

Esta referencia está en línea con las anteriores, con la excepción de que localiza los Ciguayos al Sur de, lo que sólo se puede suponer como, la Cordillera Septentrional. Esto, por supuesto, se superpone con la zona de Macorís de Abajo que se encuentra en las llanuras del río Yaque al Sur de la Cordillera. Siguiendo estas referencias hechas por Las Casas, es posible que haya cometido un error al escribir Sur en lugar de Norte, localizando a los Ciguayos en la parte Norte de la Cordillera, o al Este localizándolos en la zona cercana a la bahía de Samaná. Ambas teorías están, en realidad, en coherencia con otros informes y acontecimientos históricos claves que se explicarán a continuación cuando se hace referencia al grupo de Ciguayos.

El tercer grupo a tratar aquí son los Ciguayos. Al final de su primer viaje en 1493, Colón tuvo un altercado con un grupo de indígenas en la actual Península de Samaná

al Este de la República Dominicana, en un golfo que fue llamado “Golfo de las Flechas” dado el incidente ocurrido (Vega 1992). Aunque Colón no adjudica nombre a estos indígenas, sobre este encuentro Las Casas hace una nota al *Diario* de Colón donde expresa: “estos debían ser los que llaman Ciguayos, que todos traían los cabellos así muy largos” (Arranz 2006: 221). Colón pensó que éstos eran los Caribes canibales del Este de la isla, cuya existencia había sido mencionada durante su estancia con los indígenas de Guacanagari. De las características registradas en su *Diario*, Colón especifica que estos individuos tenían: arcos y flechas, cabellos largos, el rostro pintado de carbón, uso de cuerdas, lengua distinta y por último, llamaban al oro *tuob* y no *caona* como los indígenas ya contactados. Luego de tener un encuentro pacífico con algunas personas de este grupo, los hombres de Colón tuvieron una pelea con ellos, en un lugar llamado por Colón *Golfo* o *Bahía de las Flechas* (Golfo de la Flecha).

Sin embargo, como es de esperarse la referencia al nombre Ciguayo no viene del propio Colón, sino de una nota al pie que realizó Las Casas en el *Diario* de Colón. En el texto correspondiente al 13 de enero de 1493 donde Colón realiza el reporte de la pelea, y Las Casas anota “estos debieron ser los que llaman Ciguayos, que todos traían los cabellos así muy largos...” (Arranz 2006: 221, nota 178). Además de los comentarios ya explicados por Las Casas sobre la ubicación geográfica de los Macoris en la *Historia de las Indias*, en la *Apologética Historia Sumaria*, Las Casas mencionó que los Ciguayos estaban ubicados:

“... por esta cordillera de sierras hacia el oriente, que hacen, como he dicho, la gran Vega Real, se sigue la provincia de los Ciguayos... Esta provincia es más larga y ancha, y más capaz y fértil y graciosa que la precedente de Cubao, cuya longura, según yo creo se extiende más de 30 leguas, porque llega junto a las sierras de la provincia de Macao por la tierra dentro, por la parte de la Vega Grande, y por la mar hasta la provincia de Higüey...” (...) “... y creo que pertenece a esta provincia de los Ciguayos el golfo que el Almirante llamó de las Flechas.” (Las Casas 1967[1566]: 22)

En el texto que escribe Colón en su *Diario* (Arrom 2001: 221), el único conflicto directo que tuvieron los españoles durante el primer viaje fue con estos indígenas en este golfo. Esto lo llevó a pensar que estos individuos formaban parte de los llamados Caribes de las islas al Este, quienes aparentemente venían a esta isla a cazar esclavos y víctimas para su alimento. Esta interpretación también está presente en los registros de Oviedo (1851[1535]) y Mártir de Anglería (1964). Curiosamente, Las Casas (1875 [1552-1561]) sostiene que en la isla de La Española nunca hubo un grupo Caribe. Investigadores de finales del siglo XIX y principios del siglo XX de la República Dominicana han mantenido la idea de que los Ciguayos fueron un grupo Caribe (García Arévalo 2002: 65). Así mismo, sobre la base de evidencias documentales e investigaciones arqueológicas previas en la península de Samaná (*cf.* Krieger 1929), autores como Rouse (1948) y Sauer (1966) propusieron que debido a la falta de diferencias contundentes entre los individuos participantes en el altercado con Colón y los grupos Taínos, probablemente los primeros fueron parte del mismo grupo cultural solo que con diferentes ubicaciones geográficas. Aunque es improbable considerando las evidencias documentales y arqueológicas actuales que estos individuos hayan sido Caribes, es probable que hayan sido parte de otra unidad étnica o lingüística que ocupó el Noreste y Este de la isla (fig. 15).

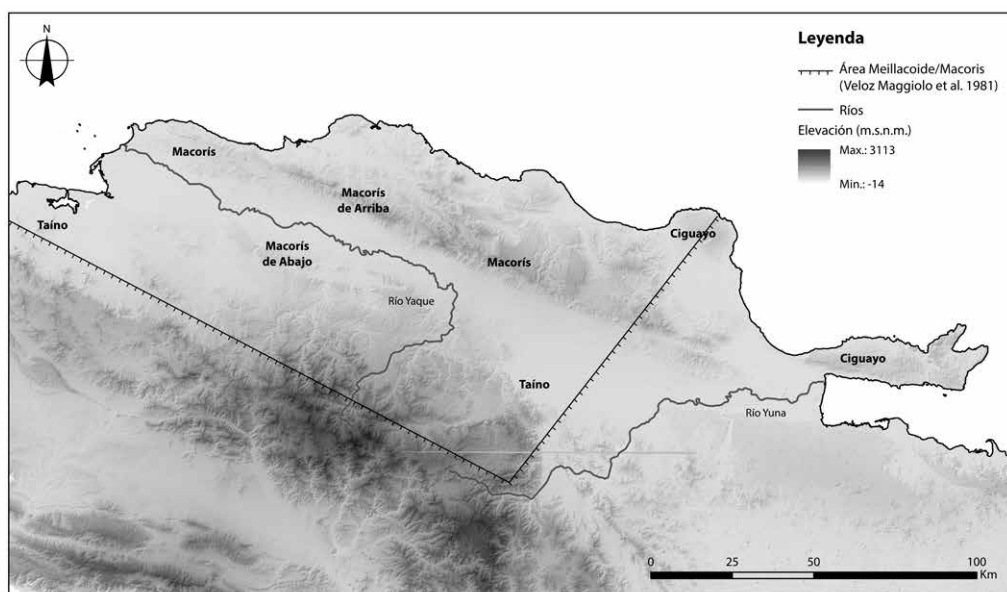


Figura 15. Distribución espacial de los posibles grupos étnicos existentes en el Norte de Hayti a la llegada de Colón en función de las informaciones presentadas en los documentos de los primeros cronistas y de los historiadores del siglo XVIII y XIX (es importante tomar en cuenta que el uso del término Taino en el mapa proviene de la asunción histórica de que los caciques Guacanagari y Guarionex eran Tainos. Ver discusión sobre este grupo étnico al inicio del apartado).

Es importante detenerse en este punto, ya que aquí se encuentra uno de las primeras homogeneizaciones de los grupos indígenas, así como de las ideas de complementariedad entre lengua, territorio y cultura. En primer lugar, la propuesta de Rouse (1948) combina el modelo territorial de los cinco cacicazgos generado a partir del mapa de Charlevoix (1977 [1731])²², el cual está basado en las referencias, sesgos y confusiones de Oviedo, Las Casas y Pedro Mártir de Anglería (fig. 16). A esta distribución, Rouse agrega un nuevo territorio para el grupo Ciguayo, en el área donde Charlevoix coloca el nombre de Ciguayo en su propio mapa. Sin embargo, en su texto Rouse no explica la razón de la creación de un nuevo territorio (Rouse 1948: 528), y omite las referencias de Pané y Las Casas sobre la provincia de Macoris en esa misma región.

Posteriormente, Veloz Maggiolo (1972: 235) modifica una vez más el mapa de los cinco cacicazgos, y transforma el territorio Ciguayo de Rouse en un sub-territorio del cacicazgo de Maguá, y lo adjudica a una categoría étnica/lingüística llamada Ciguayo-

22 El texto de Charlevoix es una transcripción de las memorias del padre jesuita Juan Bautista le Pers, quien habitó en Santo Domingo. Sin embargo, al inicio del texto Charlevoix explica que “Efectivamente, por persuadido que estuviera de que el P. le Pers había bebido en las mejores fuentes, *no me creí empero dispensado de consultarlas, sobre todo en la primera parte, para la que podía temer que no hubiera tenido todas las ayudas de que necesitaba*” (Charlevoix 1977 [1731]: XII, sin cursivas en el original). Más adelante Charlevoix explica que le Pers le “*dejó entera libertad de hacer a sus escritos todos los cambios que pensara necesarios*” (Charlevoix 1977 [1731]: XIII, sin cursivas en el original). Ya que le Pers y Charlevoix escribieron sus textos dos siglos después de los acontecimientos descritos, sin lugar a dudas sus informaciones sobre los primeros años de la conquista tuvieron que estar fundados en los textos de los primeros cronistas, como Oviedo, Las Casas, Mártir de Anglería, entre otros.

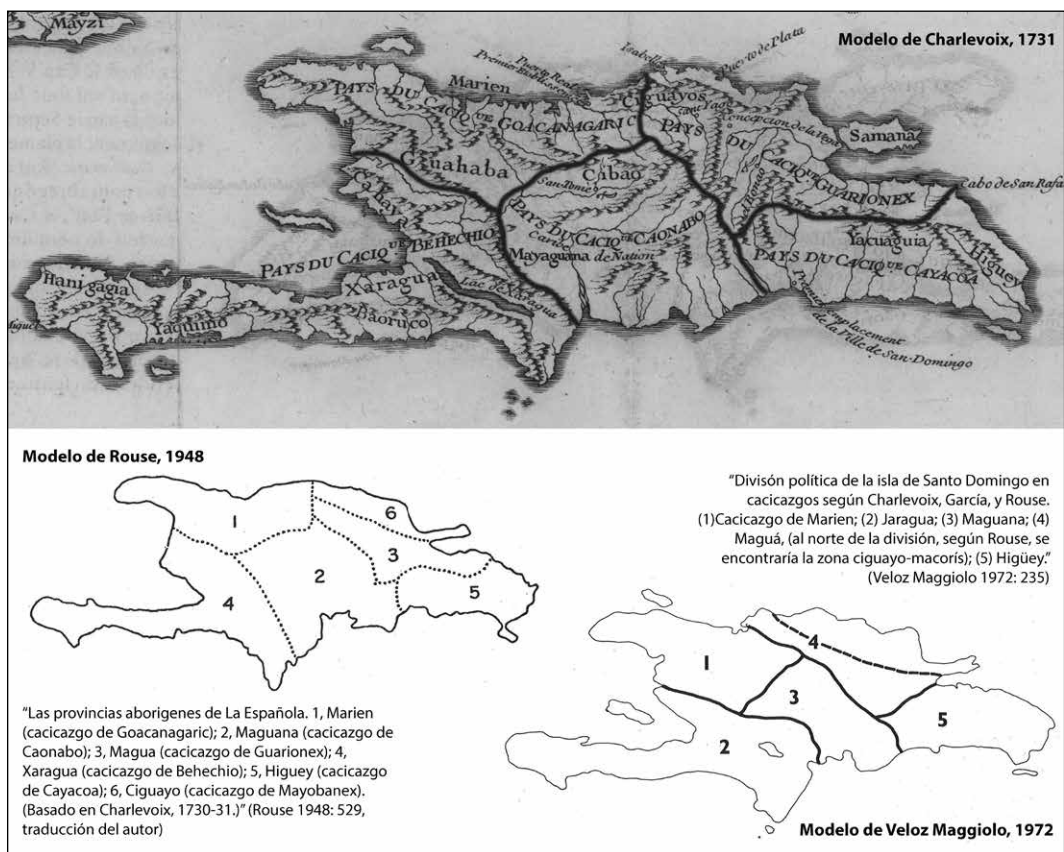


Figura 16. Comparación de la ubicación de las "fronteras étnicas" entre los mapas de Charlevoix, Rouse y Veloz Maggiolo para la isla de Haytí.

Macorís. Veloz Maggiolo basó esta consideración en los datos arqueológicos recuperados en diferentes sitios del Norte de la República Dominicana (Veloz Maggiolo *et al.* 1981) que, a su parecer, apoyan la propuesta de Vega (1990 [1980]) sobre que la distribución de cerámica de Meillacoide está relacionada con la distribución espacial atribuida al "grupo étnico" Macorís (fig. 16). Además, considera la cercanía geográfica de las referencias al uso de los términos Macorís y Ciguayo, así como su "diferencia" cultural con los "grupos" Taínos. Por esto, decidió considerar que Macorís y Ciguayos fueron un mismo grupo étnico, con un mismo territorio. Sin embargo, el propio Veloz Maggiolo (1972, 1984, 1993) ha destacado repetidamente la dificultad de reconstruir relaciones culturales entre los grupos Taínos, Macorís y Ciguayos.

Sin lugar a dudas, el primer inconveniente para reconstruir relaciones culturales entre estos "grupos" es que, muy posiblemente éstos no fueron realmente unidades étnicas internamente homogéneas como se ha pensado, sino que tendrían todos que ser percibidos como 'espectros' (Oliver 2009) de comunidades étnicas en distintos procesos históricos. En este sentido, las evidencias arqueológicas actuales, así como las que serán presentadas en la Discusión y Conclusión de esta disertación, podrían colaborar, con menores sesgos históricos, en el entendimiento de las dinámicas socio-culturales de estas comunidades.

Otra investigación clásica centrada en este problema geográfico la postuló Vega (1990) igualmente sobre la base de la arqueología y las referencias históricas. Vega consideró que el grupo que Colón encontró en el Golfo de las Flechas, no fue ni Ciguayo ni Macorís, sino un grupo de avanzada de las incursiones que los Caribes llevaron a cabo en las Antillas mayores en busca de esclavos (Vega 1990). Vega fue el primer investigador en considerar que los espacios geográficos de distribución de la serie Meillacoides y la etnia Macorís era muy similar. Sin embargo, aunque la propuesta de Vega y Veloz Maggiolo ofreció una interesante respuesta a la crítica de Cassá (1974: 17) sobre la imposibilidad de proporcionar datos concluyentes sobre esta cuestión -ya que la arqueología nunca había encontrado diferencias culturales entre los diversos territorios de la isla-, estos modelos siguen poseyendo un claro problema espacial. Ulloa Hung (2014) igualmente ha proporcionado una crítica reciente sobre a la improcedencia de las comparaciones unilineales entre categorías analíticas arqueológicas y grupos étnicos “identificados” durante el periodo colonial para esta región.

A la complejidad del paisaje cultural del Norte de la isla de *Haytí* a la llegada de Colón, hay que añadirle la reinterpretación simplista y confusa realizada por los primeros cronistas sobre estos grupos y sus territorios. Hace más de 30 años Cassá (1974: 123) ya señalaba que la información variada e irregular presente en las crónicas tempranas había producido un mito que no ha sido resuelto por la historiografía contemporánea. Este autor se refería por supuesto, a la división clásica de Haytí en cinco cacicazgos o grupos tribales, a saber: *Marién* con el cacique *Guacanagarí*, *Xaragua* con el cacique *Behechio*, *Maguana* con el cacique *Caonabo*, *Maguá* con el cacique *Guarionex* y *Higuey* con el cacique *Cayacoa*. Como se destacó con los ejemplos anteriores, el mapa de Charlevoix se ha convertido en un modelo socio-político establecido tanto en la academia como en el conocimiento popular. La única alternativa a este modelo de territorios indígenas (Vega 1990) hasta ahora no ha tenido el impacto suficiente para eliminar el modelo territorial de los cinco cacicazgos a nivel académico o popular; por lo que, como acertadamente anotó Cassá (1974), éste sigue siendo un mito.

La idea de los cinco territorios cacicales indígenas ha oscurecido las dinámicas socio-políticas de los distintos grupos indígenas de la isla por centurias. El mapa de Charlevoix es impreciso no solo porque haya estado basado en referencias secundarias, sino porque estuvo basado en la necesidad de pensar y representar el mundo con fronteras culturales fijas, que constituía la esencia de la idea que los europeos tenían sobre la cultura humana en el siglo XV y XVI. Esta idea será ampliada y relacionada con la construcción del paisaje colonial durante este periodo en las Conclusiones, por ahora solo se esbozará un punto para culminar el uso del mapa de Charlevoix con respecto a la distribución espacial de los Ciguayos. Como se mencionó, Charlevoix se basó para la realización de este mapa en los datos proporcionados por Oviedo, Las Casas y Mártir de Anglería, y su mapa demuestra un error clave en el registro de uno de estos autores, aspecto éste ya destacado por Vega (1990: 56). En su texto, Mártir de Anglería comenta al referirse al conflicto entre Hernando Colón y el cacique Guarionex, que:

“Averiguó, además, que el cacique Guarionex, no pudiendo sufrir por más tiempo las insolencias y rapiñas de Roldán y de otros que allí quedaron [se refiere a la villa de La Concepción], se había retirado lleno de desesperación con muchos de

sus familiares y súbditos a unos montes, sólo distantes de la Isabela diez leguas hacia occidente en la costa septentrional. A esos montes y a sus habitantes les dan el mismo nombre de ciguayos; al cacique principal de los reyezuelos de las montañas lo llamaban Mayobanex, y a su corte, Caprón.” (Mártir de Anglería, Década 1, Libro 5 [1493-1510]: 159)²³

En esta referencia Mártir de Anglería confunde la ubicación de los Ciguayos al Oeste de la isla (en vez de al Este), y no es casualidad que justo en esa área Charlevoix ubique a los Ciguayos. Aunque este detalle es importante para entender las referencias sobre distribución espacial de los indígenas en la isla, no necesariamente invalida los modelos de Rouse y Veloz Maggiolo. Sin embargo, ya que ambos modelos repiten este error, y se basan en la idea europea de territorio, es necesario actualizar sus interpretaciones sobre este asunto.

Una observación final sobre esta parte es que el modelo de Veloz Maggiolo supone que el cacicazgo de Mayobanex estaba bajo el “control” o dependía de aquel liderado por el cacique Taíno Guarionex. Esta es una cuestión discutible, ya que si bien es cierto que los informes disponibles indican que al ser derrotado Guarionex por los españoles, éste con su gente fue a refugiarse con Mayobanex en su territorio. Este evento no implica necesariamente que Mayobanex tuviera la *responsabilidad* de hacerlo por ser un súbdito, sino que fueron tribus aliadas y conectadas por redes sociales y políticas. Un ejemplo de esto es que según el registro de la reunión entre Bartolomé Colón y Mayobanex se dice que éste cacique le dijo que Guarionex le había enseñado los *areítos*, los cuales eran parte importante de la tradición Taína para representar la historia y el mito a través de la danza y las canciones. Este hecho, ejemplifica más una relación de intercambio entre tribus, que una situación jerárquica de control.

En este trabajo se considera que el modelo de los cinco cacicazgos no tiene sustento histórico sólido y su uso repetido a lo largo del tiempo ha oscurecido e invisibilizado otros grupos étnicos de la isla y sus dinámicas culturales. No se duda de la presencia de jerarquías políticas en la isla o de que los grupos indígenas del pasado hayan controlado áreas geográficas. Sin embargo, la idea de territorio presentada por los cronistas y el mapa de Charlevoix, refleja el concepto europeo de territorio controlado por una élite política con una estructura socio-política jerárquica.

Finalmente, este apartado buscó describir las informaciones existentes sobre las distribuciones espaciales de los tres grupos étnicos que habitaron el norte de la isla antes y durante la llegada de Colón. Sin embargo, como ha sido evidente, las ubicaciones geográficas de estas comunidades fueron registradas de manera ambigua y genérica, lo mismo que ocurrió con las identificaciones étnicas. Las categorías culturales concretas para estas comunidades comenzaron a establecerse en términos espaciales partir del siglo XVIII con el mapa de Charlevoix y en términos étnico-lingüísticos en el siglo XIX con los usos que les dieron Rafinesque, Martinus y Brinton.

23 Referencias similares sobre que la ubicación de los Ciguayos no estaba en la parte central y septentrional de la Cordillera Septentrional, más bien en la parte oriental y noreste de esta, incluyendo, probablemente, la Península de Samaná, se encuentran en: Las Casas (1875 [1552-1561], Vol. II: 165-167, Vol. IV: 291 / 481-484), Oviedo (1851 [1535]: 60-61/65) y el propio Mártir de Anglería (1964 [1493- 1510]).

4.3.3. Patrones Espaciales Indígenas y Españoles desde la Cartografía Colonial

El caso de las representaciones territoriales en el mapa de Charlevoix sobre los grupos indígenas que habitaron en el Norte de Haytí significa una fuente de información importante para entender como los primeros europeos tradujeron y conceptualizaron el mundo indígena de manera gráfica. La cartografía colonial, a pesar de haber estado cargada del sesgo europeo sobre los grupos indígenas, constituye una fuente de información para entender aspectos del orden espacial de los grupos indígenas y de las intencionalidades de los europeos en representar el terreno, así como su propia distribución en el espacio. Uno de los aspectos esenciales de la cartografía colonial, es la idea de *terra nullius* (Gosden 2004), es decir de presentar el terreno como si no existieran poblaciones además de las europeas. Siguiendo esta idea, aquí se describirán un conjunto de mapas que serán utilizados para las comparaciones del capítulo final. Dado que los sitios arqueológicos registrados en la costa de la provincia de Montecristi se ubican en el Periodo Cerámico Tardío (1200-1500 d.C.), cronología relativa que fue confirmada por un grupo de fechas realizadas a materiales excavados en sitios del área, se decidió utilizar mapas que fueran anteriores a 1650. Esto debido a que las referencias para su creación fueron primarias, ya que muchos mapas reutilizaron las informaciones presentes en mapas anteriores, y por otro lado, en algunos casos sus hacedores fueron observadores directos. Tal es el caso del mapa de Pedro Morales, el cual es utilizado como eje para la consideración cartográfica.

Durante el tiempo en que Nicolás de Ovando fue Gobernador de La Española (1502 – 1509), en 1508 envió al geógrafo y cartógrafo Andrés de Morales para examinar la isla de La Española y producir un mapa preciso de su terreno, provincias y ciudades (fig. 17; cf. Sauer 1966: 41). Morales fue un reconocido cartógrafo en España y viajó con Colón en su tercer viaje y con Juan de la Cosa a la costa de Brasil. En realidad, hay algunos cartógrafos que creían que colaboró en la creación del mapa del mundo 1500 asignado a Juan de la Cosa (Buisseret 2007: 1150).

El mapa de Morales fue terminado alrededor de 1508 y enviado a Mártir de Anglería para ser publicado en su tercera Década. Mártir de Anglería hizo referencia a ambos en su texto pero sólo la información del informe fue publicada, y por una razón desconocida no el mapa (Mártir de Anglería, Década 3, Libro 7 [1515-1516]). Con el tiempo las copias de este mapa fueron hechas y conocidas, sin embargo no fueron adjudicadas a Morales o a la fecha real de la creación (Sauer 1966: 41). El mapa de Morales fue encontrado en la biblioteca de la Universidad de Bolonia y publicado a principios del siglo XX (Frati 1929). Esta ausencia fue la razón principal por la que muchos investigadores e historiadores no consideraron este mapa en sus trabajos, y aunque fue publicado en 1929, probablemente tomó más años para ser accesible a los investigadores locales, ya que fue publicado en una pequeña editorial italiana. Además del texto de Frati, este mapa fue reproducido en el *Atlas Mapas Españoles de América* en 1951 (Sauer 1966).

Mártir de Anglería escribió sobre este mapa:

“Vengamos, por fin, a la cosmografía interior de esta dichosa isla. En otro lugar hemos hecho referencia a los cuatro ríos que desde los altos montes dividen a la Española en cuatro partes casi iguales: El Juna al oriente, el Atibunico al

occidente, el Haiba al mediodía y el Yache al Norte. El piloto Morales me trae una nueva descripción que desde el tiempo inmemorial usaron los indígenas. La dividiremos totalmente en 5 partes...” (Mártir de Anglería, Década 3, Libro 7 [1515-1516]: 354)

Las divisiones mencionadas son: Caizcimú, Huhabo, Caihabo, Bainoa y Guaccayarima (fig. 19). Mártir de Anglería transcribe el reporte de Morales sobre las regiones y sub-regiones, poniendo particular interés en la descripción de elementos naturales como ríos, lagunas y montañas. En la descripción proporcionada por Mártir de Anglería, éste no menciona que las regiones estuvieron relacionadas con territorios culturales. Aunque hace referencia a que había un valle que llevaba el mismo nombre del cacique Guarionex, y que estaba dentro de su territorio (Mártir de Anglería, Década 3, Libro 8 [1515-1516]: 362). Sobre la base de estas descripciones, y del hecho de que las regiones de Morales siguen ciertas características naturales del terreno de la isla, Vega (1990: 67) propuso que las regiones que Morales fueron regiones culturales. En su libro, Vega (1990) construye un “nuevo” mapa con las descripciones proporcionadas por Morales, el cual fue muy similar al ya creado por Sauer (1966) años antes.

De este grupo de mapas, destacaron aquellos que hacían referencia a nombres claves para esta investigación, tales como: Montecristi, Macorís, Puerto Real y/o otra elemento de interés. Ya que los mapas repiten nombres, topónimos y otros aspectos geográficos, se decidió tomar una muestra de ellos para ser tratados en este trabajo, para esto cinco

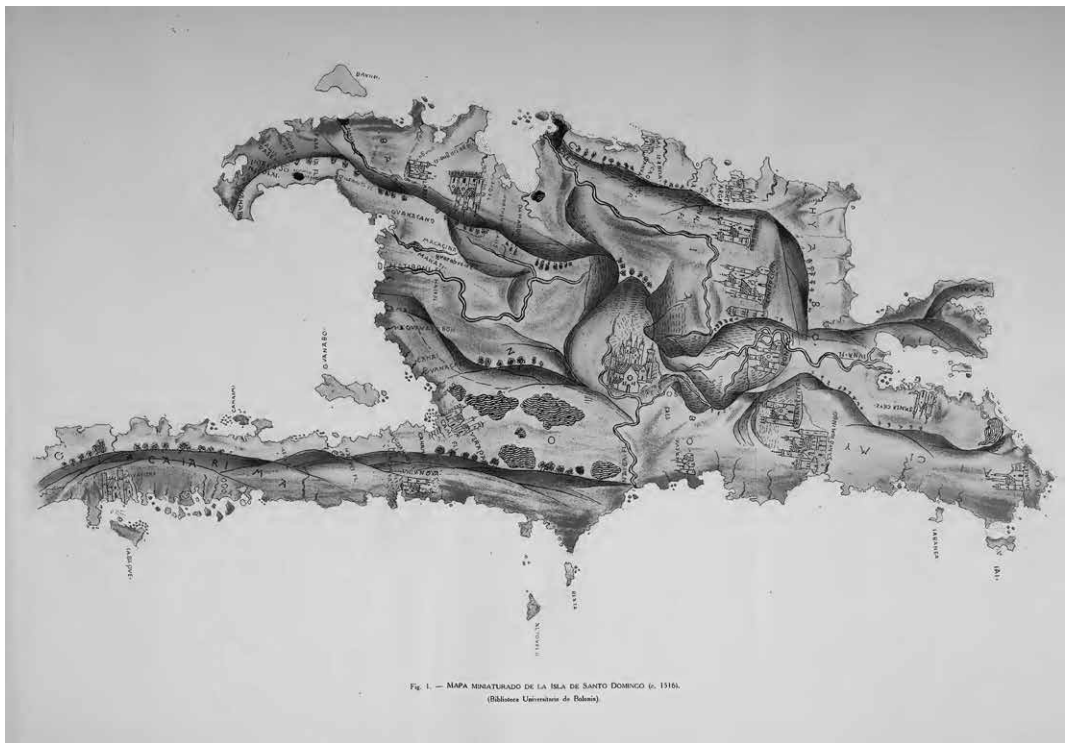


Figura 17. Mapa de Andrés de Morales que representa la isla de La Española y los asentamientos españoles, c. 1516.

mapas con cronologías diferentes fueron considerados, y el resto será mencionado de manera concreta para casos particulares. El primer mapa (fig. 18) fue realizado por Giovanni Battista Ramusio (1534) y publicado en italiano en Venecia-Italia. Este mapa presenta una imagen básica de la isla y con pocas referencias de topónimos. Según la descripción del mapa aportada en el catálogo digital de la John Carter Brown Library, el mapa está basado en el texto de Mártir de Anglería. Esto se confirma al observar que las cinco regiones (Caizcimú, Huhabo, Caihabo, Bainoa y Guaccayarima) señaladas por Morales en su registro y mapa están presentes en éste también, así como otros nombres indígenas. Otros elementos importantes en este mapa es el registro de la Navidad, la Isabela, Puerto Plata y Santo Domingo, así como de algunos cabos importantes del momento como C. Cabrón. En una cita de Mártir de Anglería transcrita anteriormente se destaca que este cabo formaba parte del área de los Ciguayos.

El segundo mapa cortesía de la colección digital de “David Rumsey Historical Map Collection”, fue realizado por Girolamo Ruscelli en 1544 (1561) en Venecia-Italia (fig. 19). Este mapa fue creado para corregir y aumentar la *Geographia* de Claudio Ptolomeo, por lo cual sus referencias buscaron ser precisas en función de los conocimientos disponibles. De hecho, el mapa presenta una mayor variedad de topónimos y referencias que el mapa anterior. Sin embargo, la referencia a ciudades españolas parece ser imprecisa. Por ejemplo la ciudad de Santo Domingo aparece en el sector oriental del río donde fue originalmente fundada por Bartolomé Colón, y no en el lado occidental donde había sido reubicada por Nicolás de Ovando en 1502. Otro elemento resaltante de este mapa es la mención de “Macorif” (Macorís) en el área de “Monte Xpo” (Montecristi), lo que inclina a pensar que al menos esta referencia estuvo basada en el reporte de Las Casas. Igualmente de interés es que el mapa presenta una modificación en el Cabo Cabrón, llamándolo “C. Lacabron”. Es posible que el cambio del nombre estuviera asociado a una latinización del topónimo Cabrón. Un último aspecto a destacar es que en el mapa aparece uno de los nombres registrados por Morales “Guacayarima” en el extremo Oeste de la isla, pero no los otros cuatro.

El tercer mapa, cortesía de la colección digital de “John Carter Brown Library at Brown University” fue realizado por Paulo Forlano Veronese (1564), y no tiene registro del lugar de su publicación, aunque dado el idioma de la obra y su autor, posiblemente fue Venecia igual que en los casos anteriores (fig. 20). Este mapa es muy similar al mapa anterior y según su registro en la página web de la John Carter Brown Library, es una ampliación del mapa de Jacopo Gastaldi “Isola Spagnola nova”, el cual al igual que el de Girolamo Ruscelli estuvieron basados en la obra *Geographia* de Ptolomeo. Además de los elementos ya mencionados para el mapa anterior, este posee una mayor representación pictórica, observándose algunas zonas de cultivo. Sin embargo, las referencias son las mismas, lo que demuestra la continuidad y copia en el uso de informaciones tanto de las crónicas como de otros mapas.

El cuarto mapa, cortesía de la colección digital “Norman B. Leventhal Map Center at the Boston Public Library” de la Boston Public Library, fue creado en Venecia-Italia por Thomaso Porcacchi (1576). Este mapa mantiene los elementos de los dos mapas anteriores, aunque con pequeñas diferencias estilísticas, como la representación de animales marinos fantásticos (fig. 21). Esto sugiere que la confección de mapas, al menos para esta isla, durante el siglo XVI se hizo a base de copias de mapas precedentes, ya que la distribución de este tipo de información para esa época era muy reservada. Sobre esta



Figura 18. Mapa de Giovanni Battista Ramusio que representa la isla de La Española, 1534.



Figura 19. Mapa de Girolamo Ruscelli que representa la isla de La Española, 1561 [1544].

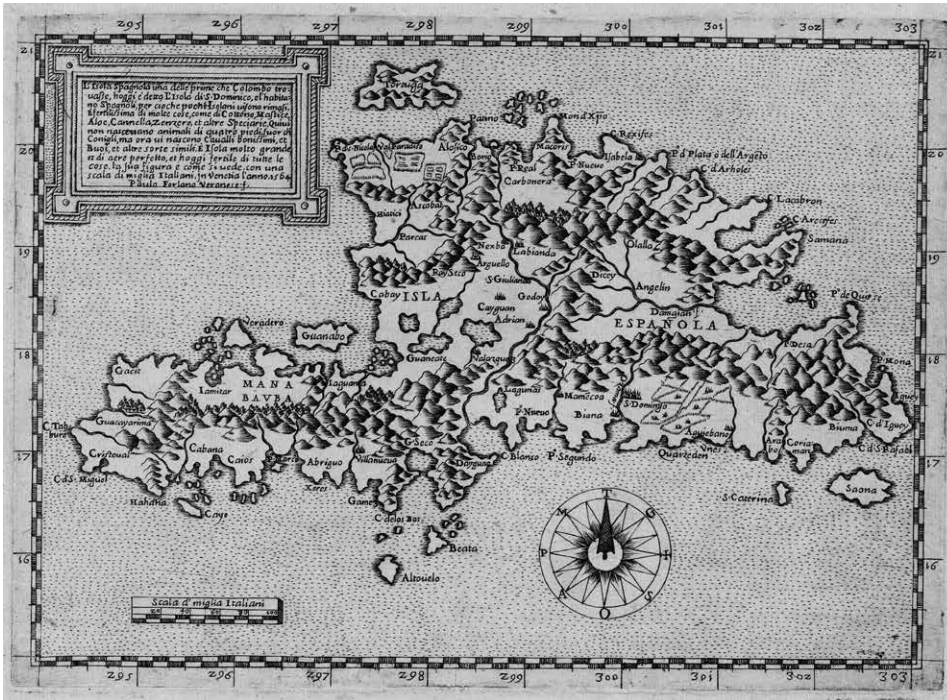


Figura 20. Mapa de Paulo Forlano Veronese que representa la isla de La Española, 1564.



Figura 21. Mapa de Tomaso Porcacchi que representa la isla de La Española, 1576.



Figura 22. Mapa de Corneille Wytfliet que representa la isla de La Española, 1597.

base, se puede considerar que si bien el mapa de Andrés de Morales no fue publicado en los documentos de Mártir de Anglería, si pudo haber sido consultado por otros cartógrafos de inicios del siglo XVI, hasta que por razones desconocidas fue extraviado u ocultado.

El último mapa considerado, cortesía de la colección digital de “John Carter Brown Library at Brown University” fue realizado por Corneille Wytfliet (1597) en Lovaina-Bélgica. Este mapa presenta un cambio considerable en comparación con los anteriores (fig. 22). Esta mapa pareciera tener mayor relación con el de Morales que los anteriormente descritos, ya que presenta las ciudades españolas en locaciones similares, agregando/quitando otras. Por otro lado, utiliza los nombres indígenas de dos de las regiones descritas por Morales “Guacayarima” y Caiscimu” ubicadas en los extremos de la isla. Por otro lado, utiliza nombres indígenas para referirse a ciudades españolas con otros nombres. Por ejemplo, el topónimo “Xaragua” está bien ubicado en función de las referencias primarias, pero aparece debajo de una ciudad española llamada “Vera Paz” en el mapa de Morales. Finalmente, el renombrado Cabo Cabrón, en este mapa aparece como C. Capris.

4.3.4. Villas y Fuertes: La Ruta de Colón y Puerto Real

En la introducción se explicó la razón por la cual la actual provincia de Montecristi es un área de investigación clave para entender los procesos históricos que se iniciaron a la llegada de Colón. En este apartado se ahondará en los datos documentales disponibles sobre los poblados y fuertes que se fundaron en los alrededores de esta área. En primer

lugar, al Este de la actual provincia se fundaron varias villas y fuertes y son considerados aquí dentro de la llamada Ruta de Colón; mientras al Oeste se encontraba la villa de Puerto Real, en la actual República de Haití.

La Ruta de Colón es el nombre dado a la ruta que Colón y sus conquistadores utilizaron para desplazarse entre La Isabela y el Fuerte de Jánico durante su segundo viaje a La Española. Ortega (1988), quien recorrió esta ruta en la década de los '80 como parte de una expedición histórico-arqueológica organizada por el Museo del Hombre Dominicano, escribió:

“La idea de repetir la ruta que siguió el almirante Cristóbal Colón en su primer viaje al interior de la isla el 12 de marzo de 1494, desde La Isabela hasta el lugar del río Jánico donde fundó la fortaleza Santo Tomás...” (Ortega 1988: 9)

En su libro Ortega habla sobre viaje, sobre ciertos lugares especiales, los sitios arqueológicos a lo largo de la ruta, las excavaciones realizadas en La Isabela y su opinión sobre la ubicación de la ruta real (fig. 1). Ortega y su equipo realizaron un cambio a la ruta conocida y descrita en el libro de Samuel Eliot Morrison (1942). Sin embargo, en su texto incluye poca información sobre las fuentes de la ruta que tomó y las razones por las que propuso un cambio. Sin desestimar el valor histórico y arqueológico de las investigaciones de Ortega en la República Dominicana, la descripción hecha en este libro en particular está cargada de ideas románticas y conceptos estereotipados sobre la conquista de la isla y el rol de Colón. Al comparar sus comentarios con los registros de las crónicas, se destacan algunos puntos de interés, y para los fines de esta investigación, dos en especial: la temporalidad del movimiento y los topónimos. En primer lugar, de la cita anterior queda la imagen de que en su libro Ortega presenta la ruta como un camino que se creó y estableció mientras Colón se movía a lo largo de ella. Por ejemplo, Ortega explica que:

“Cristóbal Colón cruzó en 1494 acompañado de 400 hombres de pies y a caballo y que por el hecho de gentiles hombres ayudaron a despejar el camino le llamó Paso de Los Hidalgos.” (Ortega 1988: 9)

El *Paso de Los Hidalgos* no es la ruta en sí misma, sino una sección de la ruta donde Colón envió delante a un grupo Hidalgos para que ampliaran el sendero. Esta sección se refiere a la parte donde precisamente se asciende la cordillera septentrional para caer en el valle del Cibao. Esta sección de la ruta se conoce en la toponimia actual de la zona como Los Hidalgos o paso de Los Hidalgos. Sin embargo, no existe en las crónicas mención alguna al *Paso de Los Hidalgos*, pero sí al *Puerto de Los Hidalgos* (Pané en Arrom 2001: 41; Las Casas Tomo II, 1875[1552-1561]: 29). Según la descripción de Las Casas, efectivamente, Colón envió un grupo de hombres a ampliar el camino indígena para hacerlo apto para el paso de animales. Sin embargo, en la descripción de Pané se destaca que con este nombre se marcó el área donde Colón y su ejército derrotaron al cacique Guatiguaná quien formó parte de la rebelión indígena de 1495 que atacó y, posiblemente, destruyó la fortaleza de La Magdalena, donde estuvo viviendo Fray Ramón Pané (Arrom 2001: xiv), en la provincia de Macorís.

De estos registros, hay que destacar en primer lugar que la razón de Colón para desplazarse por estos caminos indígenas estaba basada en las noticias de que al Sur de La Isabela se encontraba la zona con posibilidad de extraer oro. Por lo tanto, desde la llegada de Colón a La Española en su segundo viaje en 1494, tanto exploradores como ejército comenzaron a desplazarse y a contactar a los indígenas locales de los alrededores en busca de los caminos óptimos para llegar al Cibao. De hecho, en las referencias de Pané y Las Casas se destaca que al estar el Almirante en el Puerto de Los Hidalgos, este pudo apreciar la extensión de los valles del río Yaque, llamados por él como la *Vega Real*. En su primera incursión a la región del Cibao en 1494, Colón fundó un fuerte al final de su trayecto, al cual llamó Santo Tomás, ubicado en las cercanías del río Jánico. Posteriormente fundaría otros fuertes a lo largo de la ruta que conectaba La Isabela y este fuerte, o en el entorno de esa primera ruta colonial. Esta serie de fuertes a lo largo de la región tuvo como principal cometido controlar los caminos y las poblaciones indígenas (Sauer 1966: 87). En este sentido, queda claro que esta no fue una ruta colombina, sino una ruta indígena (Ulloa Hung 2015), basada en los conocimientos de los pobladores locales que dirigieron a Colón a donde él pensaba que quería ir. Por otro lado, esta ruta ya había sido utilizada por la avanzada española que se iba moviendo antes de Colón entre los valles del Cibao y La Isabela. Un ejemplo de esto fue el caso del viaje hecho por Hojeda y nueve hombres para contactar con el cacique Caonabó, quien habitaba en la actual Cordillera Central, posiblemente, en las cercanías del fuerte Jánico (Sauer 1966: 87). De las crónicas se desprende que la ruta que Colón siguió desde la Isabela hasta la fundación del fuerte Santo Tomás de Jánico no se hizo en un solo momento, tal vez para Colón así fue, y tampoco fue una ruta colombina, sino el resultado de la red de caminos indígenas (Las Casas 1875[1552-1561]: 29).

Al Oeste de las locaciones mencionadas hasta ahora, y en la actual República de Haití, se encontraban las villas de *Puerto Real*. Esta villa se fundó en 1503 y se desarrolló con una población europea, indígena y africana hasta 1578 (Deagan 1995: 1). Puerto Real es una referencia contextual para este trabajo ya que su ubicación estuvo muy cerca al posible lugar de asiento del fuerte La Navidad, así como fue la villa que controló las actividades comerciales y políticas españolas en la región hasta la fundación de la ciudad de Montecristi en 1533, la cual a diferencia de Puerto Real ha perdurado hasta el día de hoy. Sin embargo, ya que las comparaciones que se realizarán para definir la transformación del paisaje indígena al colonial están basadas en análisis de patrones de distribución espacial regional, sólo se consideró esta villa de forma referencial. De acuerdo a los estimados poblacionales realizados para los primeros 25 años de conquista en la isla, para la fecha de fundación de la villa de Montecristi más del 90% de la población indígena había sido asesinada, o periclitado por el trabajo forzado en las minas de oro, o por las enfermedades introducidas por los europeos (Sauer 1966; Cook and Borah 1971; Cassá 1974; Rosenblat 1976; Cook 1993; Cruz Méndez 1999; Moya 1977; 1986, 2010a, 2010b). Esto significa que las poblaciones indígenas que habitaban en el área de la actual provincia de Montecristi fueron afectadas tanto por los eventos acaecidos a lo largo de la ruta de Colón, como por la influencia de las villas de La Isabela y Puerto Real. De hecho en las *Encomiendas* hechas por Diego de Colón en 1514 se ubicó cerca de 400 indígenas provenientes del área de Montecristi a la ciudad de Puerto Real, que era la más cercana a la zona (Mira Caballos 1997: 231, tabla X). La *Encomienda* era un sistema similar al de los *Repartimientos*, y consistía en dar cierto nú-

mero de indígenas a un español, y éste era responsable de cuidar de su salud e instrucción religiosa por medio de los *Curas Doctrineros*. A cambio, el encomendero recibía los “servicios” del indígena (Mira Caballos 1997: 78). Los *Repartimientos* fue un sistema implementado por los españoles, donde por ley se adjudicaban el derecho a poseer un pedazo de tierra y un cierto número de indígenas. Este sistema fue implementado a principios del proceso de conquista alrededor de 1496 por Colón, como una forma de pagar salarios atrasados a sus hombres y enfrentar la falta de mano de obra para el trabajo de la tierra, particularmente en un momento en el que los españoles carecían de animales para el trabajo (Mira Caballos 1997).

En términos espaciales, y particularmente en términos de las espacialidades indígenas, la fundación de estas dos villas en el Norte de La Española significó el control y administración de la población local, y su redistribución en estos centros europeos, lo que sin lugar a dudas representó el abandono de asentamientos y prácticas tradicionales en la región. Los supervivientes indígenas de estos primeros 30 a 50 años de conquista española en la isla, se mezclaron con las poblaciones europeas y africanas en estas villas, quedando las historias previas en el abandono. Finalmente, en 1605 y 1606 el gobernador de la isla Antonio de Osorio decidió destruir las villas y centros poblados del Norte para eliminar el contrabando y legalizar todas las transacciones comerciales de la isla. Este evento conocido históricamente como las Devastaciones de Osorio terminó de destruir el mundo indígena en el Norte, y asimilarlo con una creciente población criolla al Sur.

4.3.5. Comentarios Generales

4.3.5.1. Sobre los cacicazgos y sus espacialidades

El modelo o idea de que la isla estuvo controlada por cacicazgos principales que tenían control sobre otros menos importantes o poderosos está presente en las descripciones de Pané, Las Casas y Oviedo. Estas ideas se consolidaron como un modelo interpretativo de cinco cacicazgos que controlaban territorios específicos en la isla a través del texto y mapa de Charlevoix en 1731. Por otro lado, el mapa de Morales y su descripción, presentada por Mártir de Anglería y reconsiderados por autores contemporáneos (Sauer 1966, Vega 1990), muestra una isla dividida en cinco regiones geográficas, incluyendo varias subregiones donde se pueden incluir los cinco cacicazgos mencionados en las crónicas. Vega (1990) propuso que los cinco cacicazgos de Charlevoix pudieran haber sido los más influyentes al momento de la llegada de europeos, pero no necesariamente los que controlaron toda la isla. En el censo hecho en la isla en 1514 (Moya Pons 1986) se registra la presencia de 401 caciques todavía liderando comunidades. Esto representa un número considerable sobre la idea de los 5 caciques principales. Siguiendo estos argumentos, aunque la idea tradicional de los cacicazgos principales sigue siendo factible, podría sugerirse que estos caciques principales y sus cacicazgos hubiesen centralizando el poder de muchos otros cacicazgos y comunidades, bajo condiciones específicas y/o extraordinarias como las que se dieron con la llegada de los europeos²⁴.

24 Véase, por ejemplo, el caso de los caribes de la costa de la actual Venezuela que centralizaron el poder sobre un cacique bajo condiciones específicas y después de este acontecimiento, los distintos grupos volvían a ser comandados por su propio cacique (Biord 2001, 2005).

Apoyando este último comentario, cabe señalar también que los cronistas no hicieron extensa referencia a las poblaciones indígenas que les ayudan contra los caciques que estaban en su contra. En general, se escribieron breves comentarios sobre el hecho evidente de que había algunos grupos a favor de los españoles, pero no hay explicación sobre las características de estas relaciones. Las crónicas describen cómo los españoles se movieron de un punto a otro de la isla, cómo crean planes de batalla, y en ocasiones es sorprendente su conocimiento del terreno. Esto no pudo suceder sin la ayuda de guías locales, como lo describe brevemente Mártir de Anglería (1964 [1493-1510], Decenio 1, libro 7: 173). En este sentido, es muy probable que ciertas relaciones políticas hayan sido omitidas o no observadas por los primeros españoles.

Finalmente, según la descripción de Pané, el área donde Colón construyó el fuerte de La Magdalena era parte de la provincia de Macorís que incluía al Sur parte de la Vega Real, área cercana al territorio de Guarionex que era un cacique que hablaba una lengua distinta a la de la provincia de Macorís. En el mapa de Charlevoix (1731) estos dos territorios pertenecen al cacicazgo de Magua, que Rouse (1948) dividió en dos para considerar el territorio de Ciguayo, y asumiendo que Macorís y Ciguayo formaban parte de un solo grupo. Por otra parte, en la descripción de Morales, estos territorios se encuentran dentro de la región de Cayabo. Independientemente del modelo a considerar, la idea clara que dejan estas referencias es que de haber existido realmente estos territorios políticos en el pasado de Haytí y de La Española, los mismos fueron plurilingüísticos, y posiblemente, multiétnicos.

4.3.5.2. Sobre las evidencias documentales y la investigación

Aunque esta investigación es principalmente arqueológica, este contexto colonial temprano servirá y ha servido para dos propósitos. En primer lugar, las referencias presentadas aquí, sobre la base de las crónicas y los mapas tempranos, se utilizarán al final de esta investigación para explicar el patrón del uso del terreno y el ambiente por parte de los primeros conquistadores, en contraposición a los patrones indígenas. La segunda razón es contextualizar la investigación dentro de temas históricos y antropológicos más amplios. Por ejemplo, con el debate sobre los grupos indígenas que habitaban el Norte de Haytí y la discusión sobre los grupos étnicos y lingüísticos, fue posible observar en las crónicas y mapas las diferentes referencias sobre las comunidades indígenas que habitaron en la actual provincia de Montecristi.

Si se sigue de forma literal las referencias de las crónicas se interpreta que Montecristi formaba parte del cacicazgo de Marién, y por lo tanto, se podría asumir que su población indígena era Taína. Sin embargo, otras referencias como Las Casas y Mártir de Anglería sugieren que las montañas del Norte de Montecristi estaban habitadas por los Macorís relacionados con lo que se conoce como los Macorís de Abajo. Sin embargo, estas referencias están cargadas de los sesgos culturales y espaciales que tuvieron los primeros europeos que visitaron la región.

Las evidencias que parecen tener una mayor solidez se refieren a que el norte de la isla estuvo habitado por una diversidad de comunidades, que tuvieron lenguas diferentes, pero cuya organización socio-política (los cacicazgos) parece haber sido la misma.

4.4. ANTECEDENTES REGIÓN ARQUEOLÓGICA

En este apartado, los antecedentes a presentar estarán enfocados en las tres áreas arqueológicas que conforman la región de interés. Para esto, primero se presentarán los antecedentes de las investigaciones arqueológicas en la Provincia de Montecristi. La segunda parte versará sobre la descripción de las series cerámicas presentes en el área como hilo conductor para abordar los patrones generales de distribución de sitios arqueológicos.

La arqueología del Norte de la isla puede ser dividida en términos generales en tres etapas histórico-arqueológicas. En primer lugar, una etapa de *exploradores y naturalistas* que se desarrolló con las primeras investigaciones realizadas en la isla desde finales del siglo XIX hasta el primer tercio del siglo XX. Inicialmente fueron trabajos de índole de etnología histórica (Schomburgk 1854) y reportes de artefactos aislados o prospecciones pequeñas (Fewkes 1891, 1919; De Booy 1915)²⁵. Una segunda etapa relacionada con el inicio de la *arqueología científica*, comenzó con los trabajos de Herbert W. Krieger quien realizó investigaciones en la Península de Samaná en la República Dominicana (Krieger 1929) y en el Norte de Haití (Krieger 1931). El objetivo de Krieger fue hacer un reconocimiento de materiales para ser comparados con otras islas del Caribe. En esta misma línea de registro arqueológico desde la ‘perspectiva del sitio’, se contextualizaron los trabajos de Rouse (1939, 1941) y Rainey (1941) en el área de Fort Liberté. Estas investigaciones dieron origen a la arqueología sistemática en ambos países, y sentaron las bases de las clasificaciones cerámicas que aún hoy en día se siguen debatiendo, así como de los esquemas teóricos de interpretación de las culturas del pasado (Ulloa Hung 2014: 94). Posteriormente, una etapa reciente de la *arqueología científica*, y fundada en los importantes trabajos de arqueólogos dominicanos en el Norte de la isla continuaron los esfuerzos iniciales y añadieron modelos interpretativos más complejos sobre las culturas del pasado. Particularmente, los trabajos de Emile Boyrie Moya (1960), Veloz Maggiolo (1973, 1993), Veloz Maggiolo *et al.* (1981), y Ortega (2005), buscaron sistematizar los conocimientos existentes para el momento y crear modelos regionales que explicaran los orígenes de las distintas culturas, sus migraciones, conexiones intra e inter isleñas, así como las áreas culturales²⁶. Contemporáneo con estos trabajos, y aunque en un estilo más de registro y reporte, se puede incluir el trabajo realizado por Clarke Moore en Haití, que culminó con su reporte técnico nunca publicado (Moore y Tremel 1997). La tercera etapa en la arqueología de la isla puede ser considerada como *arqueología regional y de excavaciones extensivas*. Si bien autores como Veloz Maggiolo *et al.* (1981) buscaron construir modelos arqueológicos sobre la base de regiones, sus prospecciones nunca pasaron la ‘perspectiva del sitio’, es decir los modelos se crearon sobre la base de un conjunto de sitios no registrados desde una perspectiva regio-

25 Aunque es necesario destacar que dentro de este periodo se podría incluir al padre jesuita Le Pers cuyas memorias fueron trabajadas y publicadas en 1731 por el padre Charlevoix. Aunque en términos históricos el trabajo de Le Pers adelanta casi dos siglos a los mencionados, en su texto Charlevoix comenta que el padre Le Pers encontró lugares del antiguo asiento de los indígenas compuestos por fragmentos de cerámica y conchas de moluscos. A tal punto que, de hecho, en su mapa de la división indígena de la isla está decorado con tres objetos indígenas (Charlevoix 1731: mapa).

26 Para una revisión detallada de la historiografía arqueológica de la isla y, particularmente del Norte, revisar Ulloa Hung (2014: 91-123).

nal sistemática y no fueron excavados extensivamente. Los trabajos de Koski-Karell (2002) en el Norte de Haití y de Ulloa Hung (2014) abrieron las puertas a otro tipo de arqueología sistemática en la isla. Particularmente, la combinación de la perspectiva regional de Ulloa Hung con las excavaciones extensivas llevadas a cabo por Hofman y Hoogland (2015a) desde el 2013 en sitios de la Cordillera Septentrional están comenzando a arrojar el tipo de resultados que permitirán evaluar los modelos previos sobre la base de evidencias sólidas, así como crear nuevos modelos interpretativos. Es sobre estos esfuerzos que se contextualiza esta investigación en la costa de la Provincia de Montecristi.

4.4.1. El Área Arqueológica de la Provincia de Montecristi

En esta sección el foco se centrará en cuatro aspectos principales: 1) explicar la historia de la investigación arqueológica, dentro de la provincia de Montecristi, para destacar la construcción de espacios arqueológicos previos a esta investigación. 2) Presentar las series cerámicas reportadas para la región, de manera de contextualizar los materiales cerámicos registrados en este trabajo. 3) Delinear la cronología relativa asociada al tipo de materiales registrados en Montecristi. 4) Presentar la distribución de sitios arqueológicos en la región.

Aunque desde hace casi un siglo se están realizando investigaciones arqueológicas en Montecristi, hasta ahora ha sido escasa y focalizada en el registro y excavación de sitios aislados. En 1929 Krieger (1931) llevó a cabo investigaciones en la provincia, y excavó tres sitios arqueológicos que identificó y relacionó con las “tribus Ciguayos y otras de lengua Arawak (Taíno) de las provincias nativas de Marién y Samaná” (Krieger 1931: 35, traducción del autor). Aunque Krieger presta atención a los detalles en su texto, lamentablemente la descripción de la ubicación de los sitios es ambigua, y las distancias mencionadas en su texto son siempre superiores a aquellas que tendrían sentido en función de los sitios existentes en el área y que de seguro fueron los trabajados por él. Otro aspecto que resalta en su descripción es la referencia a las excavaciones en tres sitios, sin embargo, sólo dos se describen y comentan. A partir de sus referencias a elementos claves en el terreno, se hizo un intento de localizar estos sitios (fig. 23). Conjuntamente, durante los trabajos de campo se trató de contactar a los propietarios de los terrenos mencionados por Krieger, pero dado el tiempo que ha pasado desde sus investigaciones los descendientes actuales no recuerdan haber conocido o escuchado de la investigación arqueológica referida. Sin embargo, luego de analizar su texto con detenimiento, y los mapas geográficos del área, se pudo determinar que la posible área de su estudio fue en torno al sector llamado Jaiquí, donde durante los trabajos de campo de esta investigación se registraron cuatro sitios. Es probable que los sitios mencionados por Krieger son dos de los registrados. Además, uno de los sitios registrados (MC-117) ya era conocido por el propietario del terreno, Jaime Torres, en una zona llamada Loma del Guasabaro. De hecho, el sitio había sido registrado por las historiadoras Montecristeñas Olga Lovetti Gomez y Lourdes Polanco Rojas, y reportados en un periódico local (Cruz 2002). Vale la pena destacar que este sitio también fue reportado por Ortega (2005) en su *Compendio General Arqueológico de Santo Domingo*, el cual constituye la más amplia base de datos sobre sitios arqueológicos indígenas en la República Dominicana hasta 1990, presentando tanto sus ubicaciones geográficas como datos sobre materiales y contextos arqueológicos.

Aunque Krieger mencionó la presencia de montículos en uno de los sitios, no se observó evidencia de esto durante las prospecciones de 2014 y 2015. Las cerámicas descritas por Krieger para estos sitios están relacionadas con las cerámicas que contienen elementos estilísticos integrados de las series Meillacoide y Chicoide y fragmentos cerámicos de la cerámica Chicoide, lo que es consistente con los hallazgos de esta investigación, aunque en los sitios registrados en este contexto dos de los cuatro se registró cerámica Meillacoide.

Entre 1940 y 1970 otros sitios fueron registrados en la provincia por diferentes investigadores, los cuales fueron republicados en términos generales en el *Compendio* de Ortega (2005). El primer sitio que se describe en este libro es *Hatillo Palma*, un sitio registrado en 1940 por Ulises Franco Bidó, Román Franco Fondeur y Greogrio Fondeur, aunque sistemáticamente excavado en 1959 por Emile Boyrie Moya (Ortega 2005: 382-394). Los materiales cerámicos recolectados se clasificaron como Meillacoides. Este sitio no fue utilizado para esta investigación ya que se encuentra fuera de la poligonal de investigación. Tampoco lo fue el sitio llamado *Las Aguas de Gualterio*, ubicado fuera de la poligonal, aunque visitado y registrado durante los trabajos de campo. El sitio fue trabajado originalmente por Emile de Boyre Moya, Luis Chanlatte y Elpidio Ortega en 1959, y posteriormente en 1974 por Marcio Veloz Maggiolo, Fernando Luna Calderón, Plinio Pina, Renato Rímoli, Pragmacio Marichal y Elpidio Ortega (Ortega 2005: 395). En su texto Ortega comenta que se reportaron cuatro sitios cercanos entre ellos con separaciones de entre 100 m y 750 m. Durante el registro realizado

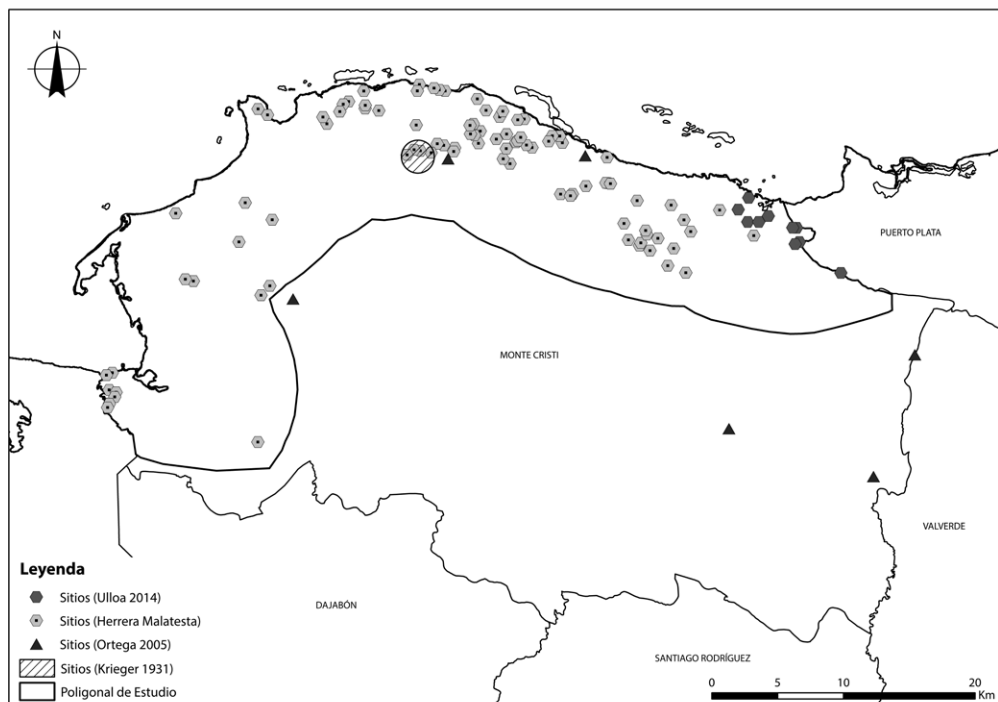


Figura 23. Sitios Arqueológicos registrados por diversos investigadores en el área de la costa de la provincia de Montecristi, Noroeste de la República Dominicana.

en 2015 se registró un solo sitio, por lo que esa área sigue siendo de interés para trabajos futuros. En el sitio registrado durante los trabajos de campo de 2015, se confirmó lo reportado por Ortega (2005: 395-399) en cuanto a cultura material. La cerámica registrada es Meillacoide y Chicoide, así como materiales en concha y coral, y variedad de especies de moluscos. Sin embargo, el sitio ha sido altamente afectado por la siembra de banana (guineos), desde la época de la *Grenada Company* a mediados del siglo XX. Un tercer sitio llamado *Buen Hombre* se encuentra en la costa del mismo nombre. Rimoli *et al.* (1974; cf. Ortega 2005: 400-405) fueron los primeros en trabajar y publicar lo referente a este sitio. Durante los trabajos de campo de esta investigación en 2014 y 2015 se hizo un intento de ubicar este sitio para registrarlo con los parámetros del trabajo, pero lamentablemente las coordenadas proporcionadas en el libro de Ortega no son precisas, y su margen de error es muy grande, por lo cual no pudo ser localizado. De hecho, dos de las coordenadas de sitios (Hatillo Palma y Las Aguas Gualterio) descritos en el *Compendio* de Ortega están tan lejos de la su posible ubicación, considerando la descripción y los nombres, que la referencia presentada aquí, en el mapa de la figura 34, se hizo mediante el uso de los nombres y reseñas geográficas presentes en el mapa político de la República Dominicana y la propia experiencia en campo. No obstante, el área general de estas ubicaciones todavía necesita mayor prospección, ya que los sitios estaban en áreas fuera de la poligonal de estudio y se les prestó menos atención en campo. Retomando el sitio de *Buen Hombre*, a partir de las características descritas es posible entender que se trataba de un pequeño enclave costero con depósitos arqueológicos superficiales y cerámica Meillacoide, similar a otros registrados a lo largo de la costa de Montecristi.

Otro sitio llamado *Cerro Gordo*, también fuera del polígono de investigación, se registró en la década de 1970 por Ortega (2005: 406-409). En este sitio se identificaron los fragmentos cerámicos como relacionados con las series Meillacoide y Ostionoides. Adicionalmente, se encontraron enterramientos durante la excavación, así como diferentes objetos líticos y de concha. Ortega (2005: 401-411) incluye otro sitio llamado *Tasajera*, pero sin coordenadas geográficas, y lamentablemente durante los trabajos de campo no fue posible identificarlo. Ortega identificó la cerámica de este sitio como Chicoide, pero sin dar más detalles o datos contextuales. El siguiente sitio descrito por Ortega (2005: 412-417) se encuentra en la frontera entre Montecristi y Valverde y fue llamado *Arroyo Caña*. Este sitio fue registrado en la década de 1980 por el mismo Ortega. En el sitio se identificó cerámica Meillacoide junto con varias herramientas líticas y de concha. Este sitio fue revisado por el autor en compañía de Jorge Ulloa Hung y Till Sonnemann en 2014. Sin embargo, debido a que se encuentra fuera del polígono de investigación, no fue incluido en los análisis. Finalmente, el segundo sitio dentro de la poligonal de este estudio, y llamado por Ortega (2005:418-420) *Silla de Caballo*, se encuentra en las montañas del Noroeste de la provincia. Ortega (2005) comenta que se registraron dos sitios con este nombre, los cuales ya habían sido reportados por Krieger, sin embargo, la descripción que da sobre los sitios no coincide con la de Krieger en términos materiales o geográficos. Ortega (2005: 418) reporta dos sitios pre-cerámicos, pero Krieger (1931) se refiere a sitios cerámicos. En la zona referida por Krieger y Ortega, durante los trabajos de campo se registraron ocho sitios distintos, con materiales y tamaños distintos, pero ninguno pre-cerámico.

Aunque algunos de estos sitios estaban dentro del polígono de investigación, sus referencias ambiguas complica la relación con los registros actuales, particularmente para ser considerados dentro de la metodología y análisis de esta investigación. Por lo cual el sitio de Buen Hombre no fue incluido ya que no pudo ser localizado y su registro es genérico para los objetivos de esta investigación. En cuanto a los sitios de Silla de Caballo, al carecer de una coordenada precisa y considerando la mayor cantidad de sitios registrados en esa zona con la metodología de investigación, tampoco se usó la referencia de Ortega y Krieger, manteniendo solo los sitios registrados en 2014 y 2015. Por último, un grupo de sitios que sí fueron considerados en la disertación y no fueron revisitados durante los trabajos de campo, son los localizados al Este de la poligonal de investigación y fueron registrados por Ulloa Hung (2014, *cf.* De Ruitter 2012) durante el año 2012 (fig. 34). Puesto que los sitios están suficientemente descritos en el trabajo de Ulloa Hung (2014), aquí sólo se mencionan, pero mayor información se presentará en la descripción y clasificación de las evidencias arqueológicas.

4.4.2. Patrones Arqueológicos: Áreas de Puerto Plata y Fort Liberté

En esta parte, la descripción versará principalmente en describir las series cerámicas presentes en el Norte de la isla, Ostionoide, Meillacoide y Chicoide, así como los conjuntos cerámicos denominados mixtos. Además de la explicación de cada serie y su cronología, se describirán los patrones de distribución de sitios con estas cerámicas que han sido registrados tanto para el área de Puerto Plata como de Fort Liberté.

De las investigaciones arqueológicas en el Norte de la Republica Dominicana y Haití se ha identificado presencia de tres conjuntos cerámicos principales. Sobre la base de los primeros reportes arqueológicos (Krieger 1929, 1931; Rouse 1939, 1941, 1948; Rainey 1941), así como de los suyos en la región, Rouse (1986, 1992) propuso que estas series eran sub-series de la Ostionoide, la más antigua, y los categorizó como: *Ostionan Ostionoide*, *Meillacan Ostionoide* y *Chican Ostionoide*²⁷. Aunque en la literatura especializada existe acuerdo sobre la idea de un origen común en la serie Ostionoide (Wilson 1990, 2007; Ulloa Hung 2014), la mayoría de los arqueólogos han decidido referirse a las series sólo por su nombre de serie: *Ostionoide*, *Meillacoide* y *Chicoide*. Asimismo, el resultado de los últimos años de investigaciones en la región han afianzado la necesidad de una reconsideración estilística y tecnológica sobre estas series, ya que cada categorías de series incluye una variabilidad de formas, decoraciones y manufacturas que debe ser actualizado y re-clasificado. Dado que en esta investigación el foco principal es el análisis espacial y no el cerámico, se decidió referirse a las cerámicas con su terminación genérica *-oid*, mientras nuevas investigaciones profundizan en nuevas propuestas para los conjuntos cerámicos.

En esta sección, una descripción general de las diferentes series cerámicas será presentada con el fin de proporcionar las descripciones necesarias para entender los grupos cerámicos registrados durante este trabajo, y contextualizarlos con las investigaciones en curso. Para una información detallada y actualizada a la revisión del debate de cerámica y las clasificaciones en el Norte de la Republica Dominicana y Haití, referirse al trabajo de Ulloa Hung (2014).

27 La terminación *-an* fue utilizada por Rouse (1986: 10) para diferenciar las sub-series de las series que terminan en *-oide*.

4.4.2.1. La Serie Ostionoides y sus Patrones Espaciales

Aunque en el Norte de República Dominicana y Haití la serie Ostionoides es poco frecuente, algunos sitios han sido registrados (Moore y Tremmel 1997; Koski-Karell 2002; Ortega 2005; Ulloa Hung 2014). En la literatura y las prospecciones recientes no se registraron sitios con cerámica Ostionoides en Montecristi. Sin embargo, su descripción ayuda a contextualizar las otras series cerámicas, y precisar los pocos fragmentos recolectados que poseen rasgos Ostionoides, en los sitios con mayoría de otras series cerámicas. Esta serie fue definida originalmente a partir de los materiales cerámicos recolectados por Rouse (1952) en el sitio cabecero de Ostiones en Puerto Rico. La hipótesis original era que las características de la cerámica Ostionoides eran similares a las de la serie Saladoide, originaria del Orinoco medio en Venezuela (*cf.* Cruxent y Rouse, 1982 [1958]). Por lo tanto las personas que producían esta cerámica en las Antillas Mayores pudieron tener su origen en el continente, y haber migrado hacia el Norte en un proceso continuo de movimientos a través de las islas (Rouse 1986). Chanlatte Baik (2000) propuso que la cerámica Ostionoides pudo haber sido el resultado de la interacción de los grupos arcaicos de la actual isla de Puerto Rico con los grupos portadores de la cerámica Huecoide. Sin embargo, recientemente, y sobre la base de sus investigaciones, Keegan y Hofman (2017) propusieron que los grupos portadores de la cerámica Ostionoides pudieron haber sido comunidades principalmente costeras que desarrollaron esta cerámica en el Este de la actual República Dominicana y de allí se expandieron hacia Puerto Rico, el Oeste de Jamaica, Cuba y las islas Turcas y Caicos (Keegan y Hofman 2017: 120). La cerámica Ostionoides se define por tener las siguientes características generales (*cf.* Wilson 2007: 97; Ulloa Hung 2013: 156-165): las formas de las vasijas incluyen cuencos de paredes rectas; las vasijas tienen engobe rojo en el exterior; la pasta de la cerámica es de grano medio fino y cocción pobre; el color de los fragmentos: rojos, tostados y grises; los cuencos abiertos tienen fondos planos; las inflexiones de las vasijas son: lineales o curvadas hacia adentro del cuello; labios: redondeados o planos; asas en forma de D; apéndices; y se observa pintura en zonas específicas de las vasijas.

Cronológicamente, la serie Ostionoides está ubicada de manera relativa entre 600 d.C. y 1200 d.C. (Rouse 1992: 95). Aunque en la actual República Dominicana la fecha más temprana asociada a esta serie cerámica es 680 d.C. (Velo Maggilo *et al.* 1981: 312; Keegan y Hofman 2017: 118). En la provincia de Montecristi no se registró ningún sitio con presencia exclusiva de cerámica Ostionoides. De hecho, durante los trabajos de campo en el área sólo se registraron fragmentos cerámicos que presentaban una mezcla estilística y de manufactura entre Ostionoides y Meilacoide (fig. 24; *cf.* Ulloa Hung 2014).

Como se señaló anteriormente, los sitios con cerámica Ostionoides tienden a tener un patrón costero en Puerto Rico y el Este de la República Dominicana (Koski-Karell 2002: 177; Keegan y Hofman 2017: 120), aunque en el Norte de la isla se han reportado sitios tierra adentro en los Valles del Cibao, principalmente compuestos de montículos de concha e incluso montículos artificiales de tierra (Rouse 1992; Velo Maggilo y Ortega 1986). Tanto en el área de Puerto Plata como en Haití, los sitios con presencia de cerámica Ostionoides son pocos y están ubicados en las costas cercanas a los manglares (Koski-Karell 2002: 177-187; Ulloa Hung 2014: 199-200).



Figura 24. Cerámica Meillacoide con Atributos estilísticos Ostionoides recolectada en el área de la costa de la provincia de Montecristi, Noroeste de la República Dominicana.

4.4.2.2. La Serie Meillacoide y sus Patrones Espaciales

La serie Meillacoide fue definida originalmente por Rouse (1939) en el sitio cabecero de Meillac, situado en el Norte de la actual Republica de Haití. Rouse (1939) planteó que la tradición de hacer la cerámica con este tipo de atributos se expandió desde aquí al resto del Norte de Haytí. Años más tarde Veloz Maggiolo *et al.* (1981), sobre la base de nuevas investigaciones arqueológicas en el Norte de la Republica Dominicana, y particularmente nuevos fechados de radiocarbono, propusieron que el origen de la cerámica Meillacoide podría haber estado en el Valle del Cibao, probablemente en el sitio o Cutupú – Río Verde. Adicionalmente, Veloz Maggiolo *et al.* (1981: 328) propusieron la hipótesis de que la cerámica Meillacoide fue el resultado del contacto cultural derivado de la llegada de grupos migrantes en el Este del Valle Cibao y su integración con los grupos portadores de cerámica Ostionoides alrededor del siglo VIII. Sin embargo, Wilson (2007) enfatizó que para ese momento (y todavía hoy) no existía evidencia para apoyar esta hipótesis, e incluso Veloz Maggiolo *et al.* (1981) y Rouse (1992) comenzaron a buscar explicaciones alternativas para sus hipótesis originales:

“Esa solución, que se favorece aquí, es que los cambios sustanciales reflejados en la cerámica Meillacoide, como otras tecnologías, patrones de asentamiento y economía, son evidencia de la síntesis cultural de los pueblos Ostionoides y las ideas con los arcaicos que habían estado viviendo en La Española por más de 4.000 años. Las comunidades Meillacoide reflejan la integración de los grupos Arcaicos y los Ostionoides...” (Wilson 2007: 101, traducción del autor)

En base a un compendio de las descripciones existentes (Veloz Maggiolo 1973: 124; Veloz Maggiolo et al 1981: 313; Wilson 2007: 98; Ulloa Hung 2013: 165-190; Keegan y Hofman 2017: 120), las características generales de esta serie cerámica son: las paredes de las vasijas son relativamente delgadas; hay formas de vasija similares a la serie Ostionide, pero con mayor presencia de vasijas hemisféricas con contornos sencillos con bocas cerradas o abiertas, y especialmente con contornos angulares; pasta rojiza y marrón; engobe rojo; pintura roja sólo está presente en los ejemplares Meillacoide tempranos; el exterior de las vasijas está alisado pero no pulido, siendo más rugoso que el Ostionide; es común la incisión rectilínea, principalmente en bandas cruzadas; las líneas punteadas son comunes; aplicaciones con motivos antropomorfos y zoomorfos; los hombros de las vasijas están comúnmente decorados con dibujos o signos de punteados e incisión; las vasijas predominantes son: cuencos con boca cerrada o abierta y contornos sencillos y angulares; los motivos lineales parecen haber sido realizados de forma rápida y violenta.

En base a los distintos fechados de C14 disponibles y las comparaciones entre materiales cerámicos, la cronología relativa de la serie Meillacoide se ubica entre 800 a 1550 d.C. Esta cerámica fue ampliamente registrada y observada a lo largo del área de investigación, confirmando las impresiones de autores previos (Veloz Maggiolo et al 1981; Ulloa Hung 2014) en relación a que esta es, sin lugar a dudas, la expresión alfarera común en la región Norte (fig. 25).

La investigación de Ulloa Hung en el Norte de la República Dominicana, particularmente en el área de Punta Rucia en la provincia de Puerto Plata, ha ampliado tanto el conocimiento de los patrones de distribución de sitios arqueológicos en el área, como la variabilidad estilística de la serie Meillacoide. Su foco principal fue relacionar la cerámica con el patrón de asentamiento con el fin de reconstruir los paisajes culturales de estos grupos antes de la llegada de Colón en 1492. Sus resultados indicaron que la serie Meillacoide es la cerámica predominante en la zona y su distribución espacial podría estar relacionada con el control sobre espacios claves (Ulloa Hung 2014: 376). Los sitios que poseen materiales cerámicos Meillacoide están situados a lo largo de la costa, pero en diferentes líneas horizontales que están relacionadas con las diferentes áreas de elevación. Estas líneas van desde el nivel del mar hasta 200 m.s.n.m., aunque la mayoría de los sitios se encuentran en la zona intermedia de alrededor 100 m.s.n.m. Ulloa Hung explica que:

“Este despliegue sobre el paisaje es de vital importancia por el manejo de ciertos recursos que se observa en dichas ocupaciones, así como en la explicación de la variación estilística en relación con las interacciones entre los diversos grupos que ocuparon la región. Por ejemplo, es posible precisar la presencia de sitios ubicados en las proximidades o en una relación directa con zonas estratégicas y de abundancia de recursos marinos, como los esteros, playas y manglares, ya que en todos los casos se posicionaron inmediatamente detrás de esos entornos y en las elevaciones más próximas al mar.” (Ulloa Hung 2014: 376)

Un aspecto interesante del patrón espacial Meillacoide en el área de Punta Rucia es que los sitios más grandes, con mayor concentración de materiales, incluyendo cerámicas exógenas y mezcladas, están situados cerca del mar. Como es de esperar en

zonas de baja elevación, estos sitios poseen la menor visibilidad del entorno y de los sitios cercanos. Sin embargo, estos sitios están ubicados en las fronteras de las líneas horizontales destacadas por Ulloa Hung, lo que lo llevó a plantear que su ubicación podría estar relacionada con el control de áreas estratégicas para la explotación de diferentes recursos marítimos y terrestres, así como la interconectividad con asentamientos localizados en otras áreas (Ulloa Hung 2014).



Figura 25. Cerámica Meillacoide recolectada en el área de la costa de la provincia de Montecristi, Noroeste de la República Dominicana.

Ulloa Hung (2014) reporta que al Sur de estos sitios grandes hay una segunda línea de sitios que parecen indicar un tipo diferente de funcionalidad. Éstos se encuentran en terrenos de mayor altura a lo largo de la Cordillera Septentrional y pueden alcanzar hasta 200 m.s.n.m. Su tamaño es más pequeño que los sitios anteriores, pero dada su altura y posición en la montaña su visibilidad del entorno y de los sitios más cercanos es mayor. La combinación de estos patrones ofrece una imagen de control sobre el terreno de dos modos diferentes pero complementarios: por un lado, los sitios que controlan los recursos y el acceso a ellos y, por el otro los otros sitios que controlan o protegen las áreas visuales, incluyendo los primeros sitios.

En el Norte de Haití los sitios con cerámica Meillacoide son cuantitativamente más abundantes que los sitios con otras series cerámicas, de hecho Koski-Karell (2002: 188) reportó haber registrado 167 sitios de habitación a lo largo de toda la línea costera Norte de Haití, incluyendo la isla La Tortuga. La mayoría de estos sitios (n=96) se encuentran en contextos ambientales costeros, mientras que el resto (n=71) están tierra adentro (Koski-Karell 2002: 195). Un elemento resaltante de la distribución de sitios Meillacoides en el Norte de Haití es que los sitios de mayor tamaño se encuentran cerca de la costa, mientras que los sitios pequeños se encuentran tanto en la costa como la tierra adentro.

4.4.2.3. La Serie Chicoide y sus Patrones Espaciales

Originalmente se definió la serie Chicoide sobre la base de los materiales recolectados en el sitio de Boca Chica al Sur de la República Dominicana (Krieger 1931). Sin embargo, luego de las investigaciones de Rouse (1941) y Railey (1941), estos propusieron que el sitio Carrier en el Norte de Haití podría ser una referencia más apropiada para las comparaciones de colecciones cerámicas en el Norte de la isla (*cf.* Ulloa Hung 2014). Como ya se mencionó, Rouse (1941) planteó que el origen de esta cerámica estuvo en la tradición alfarera Ostionoide, y particularmente en el desarrollo de la serie Ostionoide y Meillacoide en Norte de la isla. Como ya se argumentó, todavía hace falta más profundidad en los análisis cerámicos para corroborar o refutar esta propuesta. Lo que sí es evidente en función de las investigaciones reciente en el Norte de la isla, es que las distintas series tuvieron momento de integración y asimilación de aspectos alfareros, pero esto se discutirá en el siguiente apartado.

Las características generales de esta serie de cerámica son (Rouse 1948: 514; Veloz Maggiolo 1973: 73; Wilson 2007: 98; Ulloa Hung 2014: 331-349; Keegan y Hofman 2017: 121), superficies bien pulidas; las vasijas tienden a ser más gruesas que el Meillacoide; gran variedad de formas de vasija, principalmente vasijas efigies, vasijas de cuerpo compuesto aplicados fuera del borde y jarras; pasta grisácea a marrón, muy diferente de la rojiza Meillacoide; asas decoradas; grandes aplicaciones prismáticas modelados e incisas (biomorfológicas o geométricas); incisiones profundas sobre los hombros de las vasijas; caras modeladas sobre las asas o apéndices; motivos incisos curvos y redondeados con o sin puntuación final; aplicación de tiras rectas o curvilíneas con diferentes atributos incisos.

La cronología general de la cerámica Chicoide en la isla se encuentra entre 900 y 1700 d.C. (*cf.* Ulloa Hung 2014; Keegan y Hofman 2017). En el área de estudio se registró un solo sitio con cerámica exclusivamente Chicoide (fig. 26), ya que generalmente se encuentra asociada con otras cerámicas (ver capítulo Descriptivo).



Figura 26. Cerámica Chicoide recolectada en el área de la costa de la provincia de Montecristi, Noroeste de la República Dominicana.

La información disponible acerca de los patrones de asentamiento o sitios con cerámica Chicoide en la región Norte, proviene principalmente de las investigaciones de Ulloa Hung (2014). A partir de su análisis, concluyó que el patrón de asentamiento Chicoide en la zona de Punta Rucia se define por la presencia de sitios en el interior, cercanos a las montañas con mayor elevación, y que por lo tanto están más lejos del mar, pero no necesariamente de otras fuentes de agua fresca tal como los ríos. De hecho, los sitios registrados en esa área muestran un patrón agrupado alrededor del río Encantamiento (Ulloa Hung 2014: 361). La cantidad de sitios arqueológicos con predominio de cerámica Chicoide son menores en cantidad que los sitios Meillacoides, aunque hay sitios Meillacoides con presencia de cerámica Chicoide y viceversa.

Aunque cuantitativamente menores que los Meillacoides, Koski-Karell (2002: 201) reportó 78 sitios a lo largo de la costa de Haití. En el Norte de Haití los sitios con cerámica Chicoide se caracterizan por tener presencia de montículos artificiales de tierra, los cuales están posicionados de manera ordenada con respecto al asentamiento (Koski-Karell 2002: 200). Los sitios se encuentran principalmente en el este de los llanos del Norte cerca y en el área de Fort Liberté, así como en la isla de La Tortuga (Koski-Karell 2002: 201).

4.4.2.4. Las Cerámicas Mixtas

El concepto de cerámicas mixtas proviene de las observaciones de ciertos materiales pertenecientes a una serie ya definida, que sin embargo poseen características de



Figura 27. Cerámica donde se integran atributos estilísticos, de manufactura y formales Meillacoides y Chicoides recolectados en el área de la costa de la provincia de Montecristi, Noroeste de la República Dominicana.

otras series, sean éstas estilísticas, formales o tecnológicas. En la región del Norte de la República Dominicana es común encontrar tios cerámicos Meillacoides que claramente contienen características de las series Ostionoides y Chicoide. Del mismo modo, en la región se han encontrado tios cerámicos Chicoide con atributos Meillacoide. Además de la inserción de atributos estilísticos “ajenos”, es común encontrar tios que tienen la decoración y formas de una serie en particular, pero su manufactura se asemeja a aquella de otras series. Por ejemplo, un fragmento con forma y la decoración Chicoide, pero la manufactura de la decoración de líneas incisas es menos profunda de lo habitual y su acabado de superficie es más áspero, ambos rasgos tecnológicos típicos de la cerámica Meillacoide. Estas relaciones cerámicas fueron reportadas y descritas para la zona de Punta Rucia y, en general para el área de Puerto Plata, por Ulloa Hung (2014: 318-330, 350-351; cf. Ulloa Hung y Herrera Malatesta 2015: 85), aunque una revisión tecnológica, formal y estilística está siendo llevada a cabo dentro del proyecto NEXUS 1492 por Katarina Enggist. En este trabajo, y a la espera de los resultados y lineamientos de los especialistas en análisis cerámico, se referirá a este grupo como cerámica Meillacoide-Chicoide.

Lo que es relevante destacar en este punto es que, aunque hay unas series cerámicas que pueden ser identificadas y descritas con claridad, existen conjuntos que representan

un escenario más complicado tanto para los análisis cerámicos como para las reconstrucciones históricas. En la región objeto de este estudio, esto ocurre de manera frecuente entre la serie Meillacoide y la Chicoide, que con la Meillacoide y la Ostionoide. Por ejemplo, para el área de Punta Rucia, Ulloa Hung explica sobre la relación con la cerámica Ostionoide:

“En la cerámica Meillacoide de estos complejos predominan los atributos incisos rectilíneos ejecutados de una manera particular. Por su parte, los pocos atributos que pudieran rememorar un origen Ostionoide solo forman parte de combinaciones donde constituyen un refuerzo de los incisos, y los tonos o colores rojos están ausentes o son excepcionales. El acabado o terminación de las superficies y la cocción presentan características que están lejos de ser Ostionoide, por lo que solo unos pocos motivos de sus decorados han sido integrados a una concepción estilística que, en sus aspectos morfológicos y tecnológicos, es Meillacoide. Los pocos atributos incorporados son muy específicos y no modifican los aspectos comunes de la tradición predominante. Desde ese punto de vista se puede decir que en la región de Punta Rucia los pocos atributos Ostionoides presentes en la cerámica Meillacoide aparecen bien integrados, y en ninguno de los contextos estudiados se constata la presencia de un nivel inicial Ostionoide, o un proceso gradual de mezcla o incidencia estilística como en sitios ubicados hacia el este. (Ulloa Hung 2014: 386-387)

De esta afirmación se desprende que en la parte Norte de la isla, la cerámica Meillacoide muestra algunas características de la cerámica Ostionoide, sin embargo, estos atributos están completamente integrados dentro de la serie Meillacoide. Esto, además, tiene sentido con los datos cronológicos aportados tanto por Veloz Maggiolo *et al.* (1981) y el propio Ulloa Hung (2014), donde los sitios Meillacoides del Norte son más antiguos que los del Sur. Por otro lado, en las prospecciones realizadas en la provincia de Montecristi se confirmó este mismo escenario estilístico para la serie Meillacoide y los atributos Ostionoide.

El contexto con la cerámica de la serie Chicoide es más complicado, al parecer el proceso de integración y/o asimilación de esta cerámica en la parte Norte todavía estaba en gestación a la llegada de los europeos (Ulloa Hung 2014). Un aspecto resaltante es que el tipo de sitios donde están presentes las dos cerámicas y/o la mezcla entre ellas, parecen ser sitios importantes ubicados en áreas clave del terreno (explotación/control de recursos/terreno), como las descritas por Ulloa Hung en Punta Rucia., y en general son los sitios más grandes (Ulloa Hung 2014). La cronología relativa de estos sitios para el área de Punta Rucia está entre 900 y 1700 d.C. Al explicar las relaciones estilísticas entre estas dos series Ulloa Hung comenta:

“Desde las particularidades a nivel formal y estilístico, es posible percibir que las incidencias entre las cerámicas Chicoide y Meillacoide exhiben características completamente distintas a la de la mezcla Meillacoide-Ostionoide descrita en acápites anteriores. Esa particularidad se puede relacionar con el trasiego de comunidades con cerámica Chicoide en áreas o espacios previamente ocupados por los portadores de

cerámica Meillacoide, además de la coexistencia de ambas tradiciones (avalada por la cronología) en una misma región, lo que generó procesos de contacto e interacciones con resultados reflejados a nivel estilístico.” (Ulloa Hung 2014: 346-347)

Dado que este trabajo tiene objetivos diferentes al análisis cerámico, y que la revisión de las clasificaciones cerámicas está todavía en proceso, se decidió para esta disertación denominar las series cerámicas con influencias de otras series como Ostionoide-Meillacoide para el caso de la cerámica Meillacoide con atributos Ostionoides (fig. 24). Así como Meillacoide-Chicoide para el caso de las cerámicas Chicoide con atributos Meillacoide y/o viceversa (fig. 27). Esta decisión se contextualizará al explicar los sitios multicomponentes en el capítulo Descriptivo.

